

EVANGELISMO VERDADERO

por
Lewis Sperry Chafer

fundador y primer presidente del Seminario Teológico de Dallas
Dallas, Texas

Copyright (c) 1971 por Spanish Publications, Inc.

Publicado originalmente en inglés
en 1919 bajo el título
TRUE EVANGELISM
por Lewis Sperry Chafer
Todos los derechos reservados

Traducido por Evis Carballosa
Revisado por Remedios de Guevara

© 2004 por Editorial Creo y los autores.
Para el uso gratuito de esta información,
por favor lea la declaración de Derechos Reservados
en el sitio web de www.recursosBiblicos.org.

Editorial
CREO
501 S. Graves
McKinney, TX 75069

ÍNDICE

ÍNDICE.....	2
CAPÍTULO I FALSAS FUERZAS EN EL EVANGELISMO	1
CAPÍTULO II SALVACIÓN, EL OBJETIVO EN EL EVANGELISMO	11
CAPÍTULO III CONVICCIÓN POR EL ESPÍRITU	21
CAPÍTULO IV LA ORACIÓN INTERCESORA.....	31
CAPÍTULO V SUFRIENDO CON CRISTO	37
CAPÍTULO VI LA LIMPIEZA DE LOS SACERDOTES	43

CAPÍTULO I

FALSAS FUERZAS EN EL EVANGELISMO

La mayoría de nuestra enseñanza cristiana se ha enfocado a las buenas acciones. Continuamente nos han enseñado: "Haz esto, porque es bueno, pero no hagas aquello porque es malo". Las buenas acciones son importantes. La Biblia claramente habla de las cosas positivas y las negativas. Aunque no es un libro negativo, la palabra de Dios declara que sí, hay ciertos hechos que son malos y de éstos tenemos que refrenarnos.

El Señor Jesús describió su misión con las siguientes palabras: "Porque el Hijo del Hombre vino a buscar y a salvar lo que se había perdido" (Lc 19:10), y esta breve declaración incluye tanto su obra completa en la cruz (Jn 19:30) como su obra aún inconclusa en el mundo (Hch 1:1). Mientras que la tarea de *salvar* a los perdidos es una empresa divina fundamentada en su obra terminada en la cruz, hay aspectos en el trabajo de *buscar* a las almas que fueron encomendados a sus seguidores, y que son parte de su obra incompleta en el mundo.

El trabajo de buscar a los pecadores así como el salvarlos es en realidad una tarea divina. La Biblia dice que el *Hijo del Hombre* vino a buscar. De igual manera Jesús es presentado en la parábola de la oveja perdida: "Y cuando la encuentra, la pone sobre sus hombros gozoso" (Lc 15:5). Es la bondad de Dios la que "guía al arrepentimiento," y todo el esfuerzo en encontrar a los perdidos no es sino "el poder de Dios para salvación"; porque ningún esfuerzo o servicio humano puede ser efectivo sin el poder de Dios. El buscar va más allá de la simple empresa de localizar a los inconversos ya que ellos están por todas partes. La expresión "buscando a los perdidos", por lo tanto, sugiere una preparación divina en los no salvos que los ponga a tono con las condiciones necesarias para salvación.

Como podrá verse en el curso de estos estudios, hay aspectos sucesivos de la búsqueda divina de los perdidos que se trazan en las Escrituras y cada fase de esa labor es emprendida y terminada por Dios el Espíritu Santo. Reconocer estos movimientos divinos y estar dispuesto a cooperar con ellos humildemente, es la verdadera base en la obra de salvar almas.

Aunque plugo a Dios designar a sus santos (no como una organización, sino como individuos), una porción de la tarea de buscar, la parte humana en esa tarea no es digna de compararse con la parte divina. Pero el hombre, quien por naturaleza comprende y mide solamente las cosas visibles, tiende a descartar la obra invisible del Espíritu y poner un énfasis indebido en la pequeña parte humana.

Es bajo esta estimación distorsionada de los factores en la obra de salvación que lo que puede llamarse "falsas fuerzas" en el evangelismo es substituido por lo verdadero. Lo que llamamos aquí "falsas fuerzas" son, en cierto aspecto, instrumentos divinos en el verdadero evangelismo. Estos se convierten en falsas fuerzas solamente cuando reciben demasiado énfasis sobre lo asignado por Dios. Así, el fracaso en el evangelismo no siempre se debe a una

negligencia completa de una parte o partes, de las designaciones divinas para el trabajo, sino a un énfasis distorsionado de los valores relativos de estas fuerzas.

Esta discusión sobre las falsas fuerzas en el evangelismo será limitada a tres aspectos: los hombres, los métodos y los mensajes.

Los hombres: con esta expresión hacemos referencia a la clase de individuos en el ministerio llamados "evangelistas" y en quienes la iglesia ha venido a depender ampliamente en las actividades evangelísticas.

La palabra "evangelista" aparece tres veces en la Biblia y en sola una se usa descriptivamente. Es como sigue: "Por lo cual dice: Subiendo a lo alto, llevó cautiva la cautividad, y dio dones a los hombres . . . Y él mismo constituyó a unos, apóstoles; a otros, profetas; a otros, evangelistas; a otros, pastores y maestros, a fin de perfeccionar a los santos para la obra del ministerio, para la edificación del cuerpo de Cristo, hasta que todos lleguemos a la unidad de la fe y del conocimiento del Hijo de Dios, a un varón perfecto, a la medida de la estatura de la plenitud de Cristo" (Ef 4:8, 11-13).

Aquí el evangelista es visto con el apóstol, profeta, pastor y maestro, como un don del Cristo glorificado a su iglesia en el mundo. Este don del ministerio del apóstol, profeta, evangelista y pastor y maestro debe distinguirse del don para servicio derramado sobre cada creyente (Ro 12:3-8; 1Co 12:4-31). En el primer caso, el siervo de Dios que ha sido ungido para el ministerio es la dádiva de Cristo a toda la iglesia; mientras que en el segundo, una preparación especial para el servicio, es una dádiva al creyente como individuo por un acto soberano del Espíritu "como él quiere". En esta misma conexión, hay otra diferencia: en que el creyente, además del ejercicio de los dones, es designado al oficio sacerdotal. Una violación del plan de Dios ha sido hecha cuando el trabajo del evangelismo ha sido quitado de la compañía total de los creyentes y ha sido confiado a unos pocos.

El evangelista de las Escrituras es, sin duda alguna, el mensajero al campo no evangelizado, preparando el camino para el pastor-maestro en su ministerio más constante en una iglesia. Por lo tanto, el evangelista encuentra su más completa y divina misión como un misionero de carácter pionero a lugares aún no evangelizados.

El "avivamiento" moderno (el trabajo de quien viene con el título de evangelista pero obra como un promotor religioso en una iglesia organizada) es algo imprevisto en las Escrituras, con la única excepción cuando la palabra "avivamiento" es usada para indicar un movimiento de avance en la vida espiritual de la iglesia, sin incluir la idea de recobrar cierta posición espiritual poseída algún tiempo atrás y ahora perdida. Sin embargo, el uso de la palabra corrientemente significa el levantarse después de haber caído, o despertarse después de haber dormido, o el recobrar las fuerzas después de un período de debilidad; mientras que, por otra parte, las Escrituras presuponen una posición firme, despierta y agresiva en el servicio de parte de todo cristiano (Ef 4:10-17). Un "avivamiento" es algo anormal en lugar de lo normal. Puede tener su función cuando es necesario, pero en ninguna manera debe convertirse en hábito, mucho menos en un método de trabajo sancionado. Habiendo recobrado la vitalidad, los creyentes no necesitan volver a un estado de anemia espiritual.

El reajuste de una iglesia sin poder a una posición normal de una vida fructífera y de un compañerismo con Dios es, indudablemente, una tarea legítima en las Escrituras. Sin embargo, tal transformación se realiza solamente a través del ministerio de la enseñanza y del cuidado pastoral. De esta manera se desprende naturalmente dentro de la esfera del servicio encomendado al pastor y maestro cuyo ministerio no está necesariamente limitado a un solo lugar, ya que él es una dádiva de Dios al cuerpo total de los creyentes. Tal ministerio puede ser llevado a cabo por un pastor y maestro quien es especialista en esa labor, y quien puede visitar el campo para asistir temporalmente en la obra. Si este arreglo es realizado en la iglesia, un pastor o el asistente especial puede entonces hacer la "obra de evangelista". No obstante, hay una diferencia importante entre tener el don de evangelista, y hacer la obra de un evangelista cuando la ocasión se presente en el oficio pastoral.

La eficiencia de la compañía total de los creyentes tiene que depender de una adecuada relación de estos con Dios en la preparación y limpieza espiritual de cada cristiano individualmente. Ahí mismo hay un grave peligro si la iglesia ignora su obra divinamente ordenada, y la necesaria preparación individual para dicha obra, y trata de poner en su lugar la maquinaria y la apelación del "avivamiento" moderno.

El hecho de que el avivamiento es algo que hay que planear es una confesión de parte de la iglesia de una condición que imposibilita los movimientos normales del Espíritu Santo en la salvación. La ayuda especial de un evangelista bíblico puede ser un imperativo en recoger los frutos abundantes producidos por el fiel esfuerzo evangelizador de una iglesia. Hay que admitir, sin embargo, que tales condiciones no existen frecuentemente. Por el contrario el evangelista sincero e inteligente, casi sin excepción, necesita primeramente hacer la obra de pastor y maestro al tratar de avivar la iglesia en sí.

La condición estéril de la iglesia ha creado una gran tentación para que el evangelista sea superficial en su meta y en la tarea que emprenda. Su reputación, y frecuentemente su remuneración, dependen de resultados aparentes. Si el evangelista entiende el programa divino de salvar almas, y se propone ser exhaustivo con las iglesias que no son espirituales, debe de hacer una obra de enseñanza que le permita poner el fundamento bíblico para que el fruto permanezca. En la tarea de poner una base completa en la obra de las iglesias, el evangelista, por decirlo así, abandona su propio trabajo, y comienza a tomar sobre sí el trabajo de pastor y maestro; y puede resultar en una frustración para aquellos que le han llamado y en quienes él depende, humanamente hablando, para su sostenimiento. Su tentación es obtener los resultados aparentes que se esperan. El trabajo del evangelista es un ministerio vital en esta era, pero éste, al igual que todo ministerio, debe ser mantenido dentro de la esfera divinamente señalada para él mismo.

La discusión del error fundamental de la iglesia, en engrandecer indebidamente la obra del evangelista y abandonar el ministerio de salvación que le ha sido divinamente encomendado, será el tema de los capítulos siguientes.

Los Métodos: De igual manera, un énfasis indebido es puesto casi universalmente sobre los métodos en el evangelismo moderno. Existe la impresión errónea que los esfuerzos

evangelísticos deben de ser confinados a tiempos y épocas determinadas, y esa impresión ha conducido a otra aún mucho más seria, que Dios extiende su mano de provisión sólo ocasionalmente. La realidad es que las fuerzas bíblicas en el evangelismo verdadero dependen de las promesas invariables de Dios, la presencia constante del Espíritu Santo y su trabajo fiel a través de los miembros del cuerpo de Cristo.

Las reuniones frecuentes pueden ser de valor sin límites en la vida de cualquier compañía de creyentes; pero tales reuniones no deben ser el único tiempo en que se espera ganar almas. Es contraproducente cuando los inconversos llegan a comprender que si pueden evadir la preocupación espasmódica de la iglesia por un período de algunos días, lograrán librarse de tales invitaciones por el resto del año, o tal vez por muchos años. Esto es uno de los frutos de un evangelismo que depende de tiempos y sazones.

Nuevamente, el falso o indebido énfasis en métodos es demostrado en la insistente demanda de alguna acción pública en conexión con la salvación, tal como el pararse o pasar al frente en una reunión. Gran confusión se ha producido al introducirse tales actos públicos dentro de la condición para la salvación. De esa manera parece que la salvación no es por fe en Cristo sino por un supuesto acto público meritorio.

Estos actos públicos requeridos son por lo regular justificados con uno o dos pasajes de las Escrituras, los cuales citamos a continuación: "A cualquiera, pues, que me confiese delante de los hombres, yo también le confesaré delante de mi Padre que está en los cielos" (Mt. 10:32), y, ". . . que si confesares con tu boca que Jesús es el Señor, y creyeres en tu corazón que Dios le levantó de los muertos, serás salvo. Porque con el corazón se cree para justicia, pero con la boca se confiesa para salvación" (Ro 10:9-10).

Un estudio cuidadoso del contexto completo del pasaje primeramente citado revelará que esa cita ocurre en un trozo de la Escritura que es primordialmente aplicable a la futura edad del Reino, y lleva solamente una aplicación moral o secundaria para la edad de la Iglesia. Por lo tanto, de este pasaje en particular, confesión no puede ser tomada en la actualidad como una condición para la salvación.

El segundo pasaje citado (Ro 10:9-10), es tal vez más importante, ya que recae dentro de las enseñanzas y condiciones que pertenecen principalmente al alma bajo la gracia.

La fuerza de la declaración positiva en el verso 9, "si confesares con tu boca que Jesús es el Señor, y creyeres en tu corazón que Dios le levantó de los muertos, serás salvo", es explicado en el verso 10: "Porque con el corazón se cree para justicia, pero con la boca se confiesa para salvación". En el último versículo el verdadero significado y uso de la palabra "confesar" es sugerido. Acerca de esta palabra en este mismo pasaje el gran maestro bíblico, el Dr. Arturo T. Pierson, escribió: "Esa palabra significa hablar de una misma manera el uno con el otro. Yo creo y recibo el amor de Dios. Al recibir su amor, recibo su vida, y al recibir su vida, recibo su naturaleza. Y su naturaleza en mí naturalmente se expresa a sí misma de acuerdo a su voluntad. Eso es confesión. Asimismo el Dr. McClaren ha dicho: 'Los hombres no encienden una lámpara y la ponen debajo del almud, porque o se apaga la lámpara o se quema el almud'. Se necesita ventilación para la vida, la luz y el amor, de otra manera ¿Cómo podrán estos subsistir? Y una confesión de Jesucristo como el Señor es la respuesta de la nueva vida de Dios recibida. Al

recibir el amor usted es nacido de Dios, y al nacer de Dios usted clama, Abba, Padre, que en arameo significa "Papá" sílabas que pueden pronunciarse antes de tener dientes, ya que son pronunciadas con las encías y los labios, la primera palabra de un alma recién nacida, nacida de Dios, que conoce a Dios, y que procede de una naturaleza como la de Dios hablando en el lenguaje de un niño".

La confesión, entonces, no provee una *razón* para salvación, sino que prueba su *realidad*. Es claramente el privilegio del *creyente*, y carece de valor hasta que Cristo ha sido recibido y la nueva vida ha comenzado.

Así que con el corazón, o el conocimiento interno, el hombre cree para justicia, la cual es la única condición aceptable delante de Dios; y con la boca se confiesa para salvación, lo cual no es sino la respuesta normal hacia Dios del alma que acaba de nacer de nuevo.

Que estos pasajes no *demandan* un acto público como condición para la salvación es obvio por lo menos por dos razones más. Primeramente tal interpretación estaría en desacuerdo con todo los otros pasajes de las Escrituras sobre la salvación, pues causaría que la gracia no fuese más gracia ya que aparecería como si hubiese poder meritorio para la salvación en actos humanos; y es difícil *demandar* confesión en conexión con la conversión sin hacer que aparezca meritoria, y, hasta ese punto, una frustración de la doctrina completa de la gracia. En segundo lugar, una confesión pública no es necesaria para la salvación ya que una innumerable cantidad de almas ha encontrado completa paz con Dios a través de Cristo quienes fueron privados del supuesto valor de tal acción.

Al llegar a una decisión positiva, la mente humana es sin duda ayudada por alguna acción física la cual sirve para fortalecer la impresión. Esta verdad psicológica usualmente es la base para de las demandas hechas en favor de actos públicos en conexión con el aceptar a Cristo como Salvador. La única cuestión que se levanta aquí, en relación con el combinar los actos públicos con el aceptar a Cristo, es que tales actos, si se insiste en ellos, deben ser presentados de tal manera que ningún individuo pudiese pensar que estos forman parte de la única condición para la salvación. El creer en el Señor Jesucristo es diametralmente opuesto al hacer obra alguna: Es descansar en la obra y la gracia salvadora de otro.

Debido a la ceguera satánica hacia el evangelio de la gracia (2Co 4:3-4), el hombre inconverso no comprende la verdadera base de la salvación, y por lo tanto está presto a hacer lo mejor que puede. Esto significa el tratar de ganar su posición delante de Dios por medio de sus propios esfuerzos. Es esta tendencia natural a realizar algo meritorio que hace que muchos respondan al llamamiento para una acción pública. Fue una expresión sincera la de los que preguntaron a Jesús: "¿Qué debemos hacer para poner en práctica las obras de Dios?" Y su respuesta de entonces es la misma de hoy: "Esta es la obra de Dios, que creáis en el que él ha enviado" (Jn 6:28-29).

No obstante, podemos admitir que se obtienen resultados genuinos algunas veces aun cuando se usen métodos equivocados; pero también puede hacerse un gran daño. Muy poco se ha dicho acerca de este punto. Algunos de estos males deben mencionarse. Recuérdese, sin embargo, que ésta es una discusión de los posibles males que pueden seguir del uso *equivocado* de métodos, en que una acción pública es demandada como condición necesaria para la salvación.

I. Un Falso Argumento

El líder que se ha habituado a años de servicio público a duras penas comprende la tarea casi imposible que es puesta delante de la mayoría de las personas cuando se les pide que realicen un acto conspicuo. Las personas por lo regular encuentran esos actos muy dificultosos; y aunque están dispuestos a recibir a Cristo como Salvador personal, con frecuencia evaden dar un paso público debido a su timidez natural. Así, pues, el verdadero asunto queda subordinado a otro. Y ese nuevo argumento no solo está fuera de la realidad, sino que está completamente ajeno a la grande e importante pregunta. Aunado a esto, frecuentemente se hace hincapié en que el inconverso debe de estar lo suficientemente serio para cumplir de inmediato con cualquier método o práctica que se la pida. ¿Pero no es evidente, además del hecho de que tales demandas pueden constituir una negación de la doctrina de la gracia, que son tanto injustificables como irrazonables, ya que Dios no ha provisto ningún poder capacitador por medio del cual los hombres puedan hacer actos encomiásticos delante de él? La confesión pública es una tarea muy diferente para la misma persona tímida después de recibir la nueva vida de Dios: porque él entonces puede decir por fe, y en toda humildad: "Todo lo puedo en Cristo que me fortalece" (Fil 4:13).

El único paso necesario (el recibir a Cristo como Salvador) se realiza solamente en lo secreto del mismo corazón, por decisión personal y acción de la voluntad. Esto es tratar con Jesucristo a solas, y siendo el acto de esta decisión el más crítico momento en la vida humana, la razón demanda que éste sea guardado de todo lo que distraiga y confunda.

II. Una Falsa Seguridad

Un líder con una personalidad atractiva puede obtener la acción notoria de muchos cuando hace que el motivo sea uno de mérito religioso a través de algún acto público. Bajo tal impresión, una persona formal puede ponerse en pie en una reunión sin tener idea de lo que significa descansar por fe en la Roca que es Cristo Jesús. O se le puede persuadir a abandonar su timidez natural cuando no conoce nada de abandonar su tendencia satánica de ayuda propia, y descansar por fe en lo que Cristo ha hecho por él. La base de la seguridad de todos esos convertidos es haber *hecho* algo que el orador les mandó.

III. El Cristiano Profesante

Estudiantes cuidadosos del evangelismo han notado que donde es necesaria la acción pública como parte de la conversión, ha habido un correspondiente aumento en la lista desagradable a Dios de los llamados "cristianos profesantes"; y es natural que así sea. El pacto de Dios es guardar eternamente a todos los que en verdad son salvos, y no existe otra provisión más que el único camino de salvación por medio de la substitución voluntaria de Cristo, por la cual Dios puede ser el justo y aún ser el justificador del alma condenada en pecado. Atentar "venir a

Dios" basándose en una acción pública, aún siendo ésta muy devota, no es sino errar, y el alma mal guiada quien hace ese esfuerzo, cuando su esperanza ha resultado falsa, es, por lo general, la más difícil de alcanzar de ahí en adelante.

IV. Deshonra el Pacto de Dios

Como hemos señalado, la doctrina esencial y bíblica de la preservación eterna que Dios realiza en cada alma regenerada ha sido desacreditada y casi perdida. Esto ha venido a suceder por el esfuerzo en reconciliar sus pactos con la "verdadera experiencia" en el evangelismo de hoy. Ha sido necesario dudar de la doctrina de las Escrituras para hacer provisión del sorprendente porcentaje de fallos en las filas de los supuestos convertidos.

Aunque una innumerable multitud pudiese haber sido mal guiada al responder a falsos argumentos y han regresado, tarde o temprano, a sus propios lugares fuera del compañerismo cristiano, el pacto de Dios no estuvo envuelto en ese evento. "Por lo cual puede también salvar perpetuamente a los que por él se acercan a Dios, viviendo siempre para interceder por ellos" (He 7:25). El "es poderoso para guardaros sin caída, y presentaros sin mancha delante de su gloria con gran alegría" (Jud 24). Y el alma que cree en Cristo "no vendrá a condenación, mas ha pasado de muerte a vida" (Jn 5:24). Ni nadie la puede "arrebatar de la mano de mi Padre" (Jn 10:29), ni separarla "del amor de Dios, que es en Cristo Jesús" (Ro 8:39).

Es muy posible, para el recién convertido, malentender las fuerzas y los hábitos de la vida vieja y el poder y victoria de la vida nueva, de tal manera que sea sobrecogido en pecado y aparezca, por un tiempo, como si estuviere en "una provincia apartada". Aún así, si ha estado alguna vez en la casa del Padre como un hijo, él, cual el hijo pródigo es *aún* hijo, y por lo tanto será constantemente constreñido por el Espíritu a levantarse y acudir a su Padre.

Un daño incalculable se ha suministrado a toda la cristiandad por medio de esta esparcida negación de la gracia y la fidelidad de Dios. Debido a esta negación, los cristianos han estado ocupados en esfuerzos fútiles de preservación propia al precio del abandono del verdadero servicio a Dios, y pecadores inteligentes tienen temor de tomar la posición del cristiano cuando la razón les aconseja que tal posición les sería imposible de mantener.

V. Deshonra al Espíritu de Dios

El objetivo de todas las demandas públicas en el evangelismo moderno es acabar con la indiferencia y la vacilación por medio de una decisión positiva. Pero esto algunas veces es emprendido sin considerar el completo proceso de preparación del Espíritu Santo para el ejercicio inteligente de una fe salvadora. De esa manera, la obra imprescindible del Espíritu en el inconverso ha sido omitida y el Espíritu Santo deshonrado en el vano esfuerzo de apresurar las decisiones y asegurar resultados visibles.

Una verdadera decisión depende de la voluntad del individuo al ser movido por una visión propia y clara de su lugar en la obra salvadora de Cristo, y esa visión debe ser creada por

el Espíritu Santo. Si esto ocurre, no habrá necesidad de persuadir, y los métodos que son diseñados para forzar una decisión serán hallados superfluos; y cualquier método superfluo es por lo regular resentido por personas inteligentes. Tales métodos crean un sentido de irrealidad donde debe existir una realidad creciente.

Muchos han concluido que enviar obreros para convencer a individuos en una congregación mixta no solamente es embarazoso para las personas con quienes se trata, sino que es en la mayoría de los casos, un servicio que endurece y aleja. A las decisiones forzosas se les nombra como prematuras e insensatas; ya que no hay certeza acerca de la convicción del Espíritu Santo ni una bien definida dependencia en su liderazgo. Por otra parte, los muchos que han resistido la invitación personal han sido endurecidos o ahuyentados.

Los métodos públicos que son molestos, no tan sólo son inútiles, sino también intrusos. Se gana muy poco en invitar a todos los cristianos en un servicio público a ponerse en pie, forzando de esta manera a los otros a una posición conspicua, causándoles irritación y creando prejuicio. No es extraño que algunas veces inconversos inteligentes evaden reuniones donde estos métodos son empleados. Al adoptar tal programa, el evangelista o pastor puede estar obstaculizando la obra que Dios está tratando de realizar.

Si el elemento espectacular se elimina del ministerio de ganar almas, habrá menos oportunidad para contar los supuestos resultados, y la prueba de la conversión cambiará de la esfera de la profesión a la realidad de una vida cambiada subsecuentemente.

El evangelista sincero, quien sin temor, juzga delante de Dios cada método que emplea (juzgándolos con referencia a su valor exacto o el posible daño en la influencia de estos sobre almas inmortales), encontrará que muchos métodos son más bien un hábito que una necesidad. También, que éstos han sido empleados en un esfuerzo por producir resultados *visibles*, en lugar de crear un medio por el cual almas cargadas de pecado puedan encontrar descanso y paz a través de una fe personal e inteligente en Cristo como Salvador.

Para que no parezca que este criticismo de los métodos modernos en evangelismo no puede llevar a una congregación completa a un punto de decisión, veamos las siguientes sugerencias que serán de gran utilidad en el evangelismo.

El valor real de los métodos públicos se puede alcanzar y muchos males pueden evadirse si, después de explicar el camino de vida y durante un tiempo de oración en silencio, se pide a los inconversos que acepten a Cristo por un acto consciente de la voluntad, dirigido en una definida oración a Dios en silencio. Tal decisión puede entonces ser grandemente fortalecida por una inmediata confesión pública de Cristo. La diferencia vital, en cuestión es, que ellos están confesando que han creído en Cristo, en lugar de hacer una confesión para poder ser salvos. Después de tal invitación, hay que conversar personalmente con quienes han aceptado a Cristo por fe, o cualquier otra persona que honestamente esté teniendo dificultades. En esta conversación la comprensión exacta del paso dado por el individuo puede ser clasificada y su fe fortalecida. Esta puede realizarse inmediatamente después del servicio o también ofreciendo alguna literatura atractiva apropiada para principiantes en la vida cristiana. Cuando es evidente que ha habido una decisión genuina, se debe aconsejar que testifique de Cristo como Salvador personal juntamente con las otras responsabilidades y privilegios de la nueva vida.

Los Mensajes: El ministerio del evangelista del Nuevo Testamento fue diseñado para un alcance más amplio que la aceptada misión del evangelista contemporáneo. Como su nombre implica, él es el "portador de las buenas nuevas" y en esto difiere del profeta quien proclama los grandes principios de moralidad y justicia. El evangelista tiene también una misión muy distinta a la del pastor y maestro quien pastorea el rebaño y los alimenta con la palabra de Dios.

Al evangelista neotestamentario le ha sido dado un mensaje en particular que proclamar. Ese mensaje es las "buenas nuevas" del evangelio de la gracia; esto es, un específico sistema de verdad para esta edad. Su mensaje es "buenas nuevas". Ofrece libertad de la servidumbre de la ley de Moisés con la lucha por agradar a Dios mediante el esfuerzo propio. Proclama una salvación perfecta por medio del poder de Dios a través de la fe en Jesucristo y su redención en la cruz. Proclama una redención por la cual Dios por su poder produce una "nueva criatura", capaz de traer frutos para su gloria.

Cualquier desviación de este mensaje de la verdad redentora es injustificada por parte del evangelista y está atestada de graves peligros. Por otra parte, el evangelista puede ser tentado a adoptar el mensaje del profeta; o puede emprender la tarea del pastor y maestro y tratar con asuntos de la vida cristiana y así sobrecargar el glorioso pero limitado mensaje del evangelista. Porque el asunto delante del inconverso no es de comportamiento. La vida que se ha de vivir después de la conversión se determina solamente por el individuo mismo a la luz y poder de la nueva relación con Cristo, a quien él ha recibido, y la manera de vivir esa nueva vida es un asunto personal entre el cristiano y su Señor (Ro 14:4). Aún así, al tratar con el inconverso, las preguntas que pertenecen a la vida cristiana, tales como las formas de recreación, o aun membresía en la iglesia, son frecuentemente discutidas por los evangelistas, y estos asuntos pueden convertirse en condiciones para la salvación para quienes oyen. El individuo puede desear aceptar a Cristo, pero ser incapaz de ver más allá de ese primer paso hasta que éste sea dado.

Repetimos, un mensaje puede convertirse en una "fuerza falsa", y, hasta cierto punto, en un obstáculo en el verdadero evangelismo por la tendencia a depender de éste para mover los inconversos a hacer una decisión. Solamente el Espíritu de Dios puede iluminar la mente y redargüir el corazón de su pecado; y aunque el Espíritu puede usar el mensaje con ese fin, la obra es suya y suya nada más.

El plan divino en salvar a las almas requiere que el evangelio de la gracia debe ser claramente presentado. Al oír, algunos han de creer, y cuando ellos hacen esto, en ese mismo instante son salvados por el gran poder de Dios (Jn 3:36). Hay muy poca demanda de métodos más allá de este programa divinamente ordenado. Sin duda alguna es importante descubrir y alentar cada decisión. Algunos métodos simples frecuente-mente ayudan a ese fin; pero tal maquinaria no es parte del plan que Dios ha ordenado. Se espera que los inconversos *crean* el mensaje de salvación *al oírlo*. Muchas veces la falta está en la predicación. El mensajero debe *conocer* el evangelio, o de otra manera guardar silencio.

El verdadero propósito del mensaje y la completa imposibilidad de poseer poder de convicción en sí mismo y de sí mismo será presentado más ampliamente en otro capítulo, donde

se verá la obra iluminadora del Espíritu como una de las verdaderas fuerzas en el evangelismo del Nuevo Testamento.

Al considerar las verdaderas fuerzas en el evangelismo como son presentadas en las Escrituras, se encontrará que éstas, en contraste con las "falsas fuerzas" ya mencionadas, dependen sobre la actividad de la compañía completa de los creyentes en oración y en el ministerio de la palabra. Estas fuerzas demandan un incesante empeño para su completa realización; y deben hacerse independientemente de reuniones públicas o líderes especiales. Estas verdaderas fuerzas, debido al énfasis, serán tomadas en orden inverso, comenzando con el objetivo, o fin, el cual debe de tenerse en cuenta en el evangelismo verdadero, y trazando los pasos sucesivos a la inversa hasta el punto de la responsabilidad humana.

CAPÍTULO II

SALVACIÓN, EL OBJETIVO EN EL EVANGELISMO

Todo evangelismo se realiza en una fase de la gran palabra bíblica, "salvación". Es un vocablo que trasciende el objetivo del evangelismo: la liberación de la pena y la condenación del pecado. Incluye la liberación del poder presente del pecado y la presentación final y el desarrollo de la imagen de Cristo en el que ha sido salvado. La palabra encierra una serie completa de otras grandes doctrinas y revelaciones en las que el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo obran hacia la transformación del cuerpo, alma y espíritu del individuo en un ser celestial y un participante con Cristo de su gloria. Esta es la obra poderosa del Trino Dios hacia la perfección de cada creyente. Benditos son en verdad los que aprenden a entregarse a sí mismos completamente a su poder salvador.

Debido a la ceguera satánica universal en la mente del hombre (2Co 4:3-4), el alcance de la obra transformadora de la salvación no siempre es comprendido. Muchos líderes religiosos se han apartado del verdadero evangelio y sinceramente han expuesto "otro evangelio" de reforma social, ética cultural, humanitarismo, o moralidad. Al volverse a estas buenas cosas pero secundarias, ellos demuestran, tanto por su descuidado rechazo del único evangelio de gracia como por el entusiasmo sin límites de ellos hacia estos indignos substitutos, que las riquezas del glorioso evangelio de Cristo no les han amanecido.

Esta ignorancia inconsciente de la verdad central de la palabra de Dios es uno de los obstáculos más poderosos para el evangelismo de hoy. Porque no solamente son los ciegos incapaces de tomar parte en un verdadero trabajo de ganar almas, sino que también han apelado, y hasta cierto punto conseguido, una actitud de tolerancia para sus doctrinas de parte de los cristianos genuinos que debían resistirlas en defensa de la verdad.

El espíritu de tolerancia hacia la predicación de "otro evangelio", en lugar del de Cristo, es por lo regular justificado con la declaración de que la palabra de Dios no necesita defensa, y por lo tanto, cualquier controversia con estos pervertidores de la verdad sería una innecesaria guerra sin propósito. A esto podría responderse: Ninguna defensa de la verdad es hecha por temor a que el hombre destruya las eternas Escrituras. Pero esa defensa es hecha debido a la compasión dada por Dios hacia la multitud de personas que están siendo engañadas y apartadas de toda esperanza por las sofisterías de estas enseñanzas. Cualquier preocupación por los perdidos se extendería tanto a los mal guiados como a los no guiados.

Debido a los substitutos piadosos, la influencia eclesiástica y el entusiasmo ciego de sus promotores, el evangelismo tiene nuevos enemigos a quienes enfrentarse. Su glorioso trabajo no se realizará nunca agitando una bandera blanca de tolerancia delante de sus enemigos.

Ya que el evangelismo verdadero requiere de un claro entendimiento de todo lo que es el "poder de Dios para salvación", es importante señalar varios aspectos de la salvación. Esta comprensión de las riquezas de la salvación debe depender de la iluminación divina como lo dice

la Escritura: "para que el Dios de nuestro Señor Jesucristo, el Padre de gloria, os dé espíritu de sabiduría y de revelación en el conocimiento de él, alumbrando los ojos de vuestro entendimiento, para que sepáis cuál es la esperanza a que él os ha llamado, y cuáles las riquezas de la gloria de su herencia en los santos" (Ef 1:17-18).

1 Corintios 1:30 dice que Cristo ha sido hecho al creyente, "justificación, santificación y redención". Estas tres palabras, hasta cierto punto, sugieren los tres tiempos - pasado, presente y futuro - de la salvación; porque el creyente *fue* salvado de la condenación a justificación y vida cuando creyó; *está siendo* salvado del hábito y el poder del pecado a través de la santificación, y *será* salvado de la presencia del pecado cuando, con su cuerpo glorioso, sea completamente redimido estando en la presencia del Señor cuando él venga.

Los tiempos presente y futuro de la salvación, aunque no son parte del evangelismo, deben ser cuidadosamente distinguidos del tiempo pasado, el cual es su verdadero objetivo.

Para el creyente que ha entrado en el primer tiempo de la salvación, el sistema de verdad mencionado anteriormente que presenta la "santificación" o el segundo tiempo de la "salvación" es de gran importancia. Le presenta la única solución para todos los problemas que se aglomeran alrededor de la responsabilidad de andar como es digno de la vocación con que ha sido llamado, y mostrar las virtudes de aquel que le llamó de las tinieblas a su luz maravillosa. La elevada posición como hijo de Dios, la participación con Cristo, la comunión y compañerismo con el Espíritu de Santidad quien habita en él, demandan, nada menos de una salvación hecha por Dios, una liberación del hábito y el poder del pecado. Esta salvación es independiente de toda energía y fortaleza humana; porque la naturaleza humana, en su estado óptimo, no es capaz de producir una vida que verdaderamente honre a Dios.

Podemos añadir que ningún cristiano inteligente puede contemplar su gran vocación en Cristo Jesús, su naturaleza pecaminosa, y el dominio del adversario, Satanás, sin dar la bienvenida a la victoria y a la liberación del poder del mal provistas por Dios a través del Espíritu Santo. Sin embargo, es frecuentemente difícil, para el hijo de Dios, abandonar sus propios recursos y la tendencia de autosuficiencia como medio de victoria, y descansar creyendo que Dios obrará tanto el querer como el hacer por su buena voluntad. Aún así, la victoria sobre el mal nunca se obtiene siguiendo otro camino; es sólo dependiendo del poder salvador de Dios a través de Jesucristo. "El que comenzó en vosotros la buena obra, la perfeccionará hasta el día de Jesucristo" (Fil 1:6).

De esta manera, el último tiempo de la salvación, la presentación sin mancha delante de su gloria, es una obra realizada independientemente de toda energía y fortaleza humana.

En cada propósito de Dios revelado para el hombre en las edades pasadas, algunas responsabilidades recayeron sobre la fidelidad humana. Pero en esta edad de la gracia, en la que Dios está llamando a un pueblo celestial, no permitió que su resultado glorioso fuera empañado por alguien. Por eso él tan perfectamente reservó para sí mismo cada paso necesario en la gran obra de la salvación.

Volviendo al primer tiempo de la salvación, lo que es el verdadero objetivo en el evangelismo genuino, veremos que esta parte de la obra salvadora de Dios incluye los asuntos

más grandes que pueden venir a la vida humana. Algunos de estos aspectos los consideraremos por separado.

I. El castigo del pecado y la condenación de una ley ofendida son totalmente puestos a un lado a través de la justificación en base a la muerte expiatoria y sustitucionaria de Cristo. Como está escrito en Efesios 1:7: "En quien tenemos redención por su sangre, el perdón de pecados según las riquezas de su gracia", y tan completa ha sido esta obra redentora que Dios, en perfecta rectitud y justicia, no tan sólo perdona y cancela todo pecado, sino que también recibe al pecador perdonado como cubierto con toda la dignidad de Cristo. El mismo pasaje dice: "habiéndonos predestinado para ser adoptados hijos suyos por medio de Jesucristo, según el puro afecto de su voluntad, para alabanza de la gloria de su gracia, con la cual nos hizo aceptos en el Amado" (Ef 1:5-6).

Esta es una expiación basada en sustitución. Es el único significado dado en el Nuevo Testamento a la muerte de Cristo, y es el único valor previsto en esa muerte en los tipos y profecías del Antiguo Testamento. En Isaías 53:5-6, está escrito: "Mas él herido fue por nuestras rebeliones, molido por nuestros pecados; el castigo de nuestra paz fue sobre él, y por su llaga fuimos nosotros curados. Todos nosotros nos descarriamos como ovejas, cada cual se apartó por su camino; mas Jehová cargó en él el pecado de todos nosotros". Rechazar esta repetida y única revelación del propósito de Dios en la cruz es izar las velas hacia la incertidumbre del mar sin fronteras. Es abandonar la única medicina para el pecado que el mundo puede conocer. Y es abandonar el único fundamento de acuerdo con la revelación de Dios, sobre la cual toda la esperanza de la humanidad es hecha descansar.

La realidad de que la compasión divina ha cumplido todas las demandas de la justicia para beneficio del hombre pecador e injusto, permanece en pie sin ninguna comparación o ilustración digna en el ramo de la experiencia humana. No obstante, hay quienes interpretan el significado de la muerte de Cristo, alegando que encuentran una línea de analogía para esta gran revelación en las cosas de este mundo. Ellos dicen que tal sacrificio debe ser visto en la muerte de una generación de flores para el enriquecimiento de futuras generaciones de flores. Y dicen que los sufrimientos de una madre por su niño están, en principio, relacionados con los sufrimientos de la cruz. La falta de todas estas comparaciones puede verse en el hecho de que la muerte de una generación de flores no salva de la muerte a ninguna generación futura, ni tampoco los sufrimientos de una madre, en manera alguna alivia el dolor y los sufrimientos del niño.

Cristo no murió para mostrarnos cómo morir: El murió para que nosotros no tengamos que morir. Fuera de esta distinción central, pudiera mantenerse una "forma de religión"; pero no existe ningún poder en el ofrecimiento de tal salvación. Pudiese haber un uso cuidadosamente seleccionado de las Escrituras; pero no puede haber ninguna interpretación razonable de todo el testimonio de Dios.

El problema del pecado fue confrontado y perfectamente resuelto por Dios, siendo él mismo el único mediador. El resultado es una perfecta suspensión de todo castigo y condenación por el pecado. Toda la humanidad fue incluida en esta intervención; porque está escrito: "Y él es la propiciación por nuestros pecados; y no solamente por los nuestros, sino también por los de todo el mundo" (1Jn 2:2), y ". . . para que por la gracia de Dios gustase la muerte por todos" (He

2:9); y otra vez, "Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito" (Jn 3:16). Estos pasajes revelan que la condenación del inconverso ahora, no es en los pecados que Cristo llevó en su cuerpo en el madero, sino que la condenación descansa en el acto de rechazamiento de aquel que cargó con el pecado del mundo. Por eso está escrito: "El que en él cree, no es condenado; pero el que no cree, ya ha sido condenado, porque no ha creído en el nombre del unigénito Hijo de Dios" (Jn 3:18). Así el Espíritu Santo convence a un mundo que rechaza su propiciación, de un gran pecado: "De pecado, por cuanto no creen en mí" (Jn 16:9).

El creyente, en contraste con el inconverso, ha aceptado la reconciliación como base de su salvación, y por lo tanto, se ha apropiado por la fe el sacrificio de Cristo por él.

La posición exacta del creyente con relación a la justa condenación que merece por sus pecados se ilustra por la relación que un criminal ya ejecutado tiene con la ley que le ha condenado y le ha hecho cumplir su sentencia. El ha sido traído a una corte, juzgado y sentenciado a muerte por sus pecados, y la pena de muerte ha sido perfectamente efectuada. Sin embargo, su ejecución ha sido tomada en substitución por el mismo juez cuya justicia le había condenado. Recordemos que fue el juez quien pronunció la sentencia de muerte ("el alma que pecare esa morirá", y "la paga del pecado es muerte") quien también, en su gran amor descendió de su trono celestial, mostrando su propio seno y recibiendo en su propio pecho el castigo de la muerte que él mismo en su justicia había sentenciado. Fue Dios quien "estaba en Cristo, reconciliando el mundo a sí, no imputándoles sus pecados".

De esta manera, el creyente, puesto en pie, más allá de su propia perfecta ejecución, se encuentra en una posición que no está bajo la ley; porque la última demanda de ésta ha sido satisfecha. El está, por lo tanto, en una posición en la que Dios es libre de obrar cada deseo de su propio amor sin ningún posible reto a su perfecta justicia y verdadera santidad. Ya que todas las demandas de la justicia han sido completamente satisfechas, está escrito que Dios puede permanecer justo, y aún ser el justificador de aquel que cree. Cuando Dios es de esa manera libre para actuar, efectuará por su propio poder su eterno propósito, y nosotros seremos fácilmente presentados sin mancha delante de su gloria, y seremos hechos conforme a la imagen de su Hijo.

Son en verdad maravillas las figuras usadas en la Biblia para mostrar la completa limpieza del pecado y la cancelación de la condenación para quien ha recibido la cura para el pecado. En Miqueas 7:19, se dice de Israel, "sepultará nuestras iniquidades, y echará en lo profundo del mar todos nuestros pecados". También en Salmos 103:12, dice: "Cuanto está lejos el oriente del occidente, hizo alejar de nosotros nuestras rebeliones", y "nunca más me acordaré de sus pecados y transgresiones" (He 10:17). Y otra vez, la enfática figura de "borrar" es frecuentemente usada: "Yo, yo soy el que borro tus rebeliones por amor de mí mismo, y no me acordaré de tus pecados" (Is 43:25). "Yo deshice [borré] como una nube tus rebeliones, y como niebla tus pecados; vuélvete a mí, porque yo te redimí" (Is 44:22). "Pero Dios ha cumplido así lo que había antes anunciado por boca de todos sus profetas, que su Cristo había de padecer. Así que, arrepentíos y convertíos, para que sean borrados vuestros pecados. . ." (Hch 3:18-19).

Repetimos, el perdón de pecados, como se ha señalado en los pasajes citados, es hecho posible solamente en la sangre de Cristo. En Colosenses 2:13-14, dice: "Y a vosotros, estando muertos en pecados y en la incircuncisión de vuestra carne, os dio vida juntamente con él,

perdonándoos todos los pecados, anulando el acta de los decretos que había contra nosotros, que nos era contraria, quitándola de en medio y clavándola en la cruz".

II. No tan sólo el pecado y la condenación son removidos en el primer tiempo de la salvación, sino que el creyente, ya sea en el Antiguo Testamento o en el Nuevo, se dice que está "vestido de la justicia de Dios" en lugar de los "trapos de inmundicia" de justicia propia, como la siguiente Escritura lo describe: "Si bien todos nosotros somos como suciedad, y todas nuestras justicias como trapo de inmundicia. . ." (Is 64:6). "En gran manera me gozaré en Jehová, mi alma se alegrará en mi Dios; porque me vistió con vestiduras de salvación, me rodeó de manto de justicia" (Is 61:10). "Tus sacerdotes se vistan de justicia, y se regocijen tus santos" (Sal 132:9). El pasaje que dice: "Y Jehová hizo al hombre y a su mujer túnicas de pieles, y los vistió" (Gn 3:21), es una ilustración de Cristo quien fue hecho nuestra justicia a través del derramamiento de su sangre.

Así, también, muchos otros pasajes revelan que esta justicia atribuida o adjudicada es posible únicamente basándose en la fe en Cristo como Salvador personal por su muerte expiatoria: "Pero ahora, aparte de la ley, se ha manifestado la justicia de Dios, testificada por la ley y por los profetas; la justicia de Dios por medio de la fe en Jesucristo, para todos los que creen en él. Porque no hay diferencia" (Ro 3:21-22).

"¿Qué, pues, diremos que halló Abraham, nuestro padre según la carne? Porque si Abraham fue justificado por las obras, tiene de qué gloriarse, pero no para con Dios. Porque ¿qué dice la Escritura? Creyó Abraham a Dios, y le fue contado por justicia. Pero al que obra, no se le cuenta el salario como gracia, sino como deuda; mas al que no obra, sino cree en aquel que justifica al impío, su fe le es contada por justicia. Como también David habla de la bienaventuranza del hombre a quien Dios atribuye justicia sin obras" (Ro 4:1-6).

"Porque ignorando la justicia de Dios, y procurando establecer la suya propia, no se han sujetado a la justicia de Dios; porque el fin de la ley es Cristo, para justicia a todo aquel que cree" (Ro 10:3-4). "Y ser hallado en él, no teniendo mi propia justicia, que es por la ley, sino la que es por la fe de Cristo, la justicia que es de Dios por fe" (Fil 3:9). "Y a ella se le ha concedido que se vista de lino fino, limpio y resplandeciente; porque el lino fino es las acciones justas de los santos" (Ap 19:8). "Mas por él estáis vosotros en Cristo Jesús, el cual nos ha sido hecho por Dios sabiduría, justificación, santificación y redención" (1Co 1:30). "Al que no conoció pecado, por nosotros lo hizo pecado, para que nosotros fuésemos hechos justicia de Dios en él (2Co 5:21).

Hemos citado todos estos pasajes para mostrar que la justicia atribuida es un tema importante tanto en el Antiguo como en el Nuevo Testamento, y también imprescindible para el hombre pecador que ha de comparecer delante de Jehová Dios. También, los textos del Nuevo Testamento nos dicen que la justicia "contada" es Cristo mismo "hecho nuestra justicia" por un acto de Dios. De acuerdo con el último pasaje citado, el creyente es *hecho* justicia de Dios en Cristo tan perfectamente como Cristo fue *hecho* pecado por él. La posición del creyente es "en Cristo " y él ha sido hecho "acepto en el Amado".

Existe también una posición de perfecta justificación a través de la obra del que llevó los pecados. "Porque el fin de la ley es Cristo, para justicia a todo aquel que cree" (Ro 10:4). Bajo

estas "riquezas de gracia" no se requiere más que la justicia sea otorgada como fundamento para la aceptación delante de Dios. Esta justicia es cumplida *en Cristo*: en *lugar de*, o *por* el creyente.

La revelación de que la justicia de Dios es "para todo y sobre todo aquel que cree" siempre ha parecido algo imposible e irrazonable desde el punto de vista de la "sabiduría de este mundo"; pero no es imposible ni irrazonable a la luz de la cruz.

III. También hay en la salvación impartimiento de una nueva vida que solamente trae alivio a quien está "muerto en delitos y pecados". Es una nueva creación y regeneración por el poder de Dios en base a la sangre de Cristo en la cruz. Esto, también es otorgado al principio de la salvación.

Los pasajes siguientes, seleccionados de más de ochenta referencias neotestamentarias sobre este tema, nos darán una idea de esta doctrina y revelación:

(a) *No es, en ninguna manera, la posición presente de los inconversos.* "Respondió Jesús y le dijo: De cierto, de cierto te digo, que el que no naciere de nuevo [de arriba], no puede ver el reino de Dios" (Jn 3:3). "Jesús le dijo: De cierto, de cierto os digo: Si no coméis la carne del Hijo del Hombre, y bebéis su sangre, no tenéis vida en vosotros" (Jn 6:53). "Porque estrecha es la puerta, y angosto el camino que lleva a la vida, y pocos son los que la hallan" (Mt 7:14).

(b) *La vida eterna es la posesión presente del creyente.* "De cierto, de cierto os digo: El que oye mi palabra, y cree al que me envió, tiene vida eterna; y no vendrá a condenación, mas ha pasado de muerte a vida" (Jn 5:24). "El que cree en el Hijo tiene vida eterna; pero el que desobedece al Hijo no verá la vida, sino que la ira de Dios está sobre él" (Jn 3:36). "Estas cosas os he escrito a vosotros que creéis en el nombre del Hijo de Dios, para que sepáis que tenéis vida eterna, y para que creáis en el nombre del Hijo de Dios" (1Jn 5:13).

Aunque la vida eterna es una posesión presente del creyente y ahora segura (Jn 5:24; 10:28) como la salvación, ésta se menciona algunas veces en un aspecto futuro: "Sé fiel hasta la muerte, y yo te daré la corona de la vida" (Ap 2:10). "Pero la piedad para todo aprovecha, pues tiene promesa de esta vida presente, y de la venidera" (1Ti 4:8).

(c) *La vida eterna viene de Cristo.* "En él estaba la vida, y la vida era la luz de los hombres" (Jn 1:4). "Jesús le dijo: Yo soy el camino, y la verdad, y la vida; nadie viene al Padre, sino por mí" (Jn 14:6). "Mas vosotros negasteis al Santo y al Justo y pedisteis que se os diese un homicida, y matasteis al Autor de la vida, a quien Dios ha resucitado de los muertos, de lo cual nosotros somos testigos" (Hch 3:14-15). "Y este es el testimonio: que Dios nos ha dado vida eterna; y esta vida está en su Hijo" (1Jn 5:11).

(d) *La vida eterna es Cristo habitando en el creyente* [haciendo alusión también como la *naturaleza divina* (2P. 1:4); y el "nuevo hombre" (Col 3:10)]. "A quienes Dios quiso dar a conocer las riquezas de la gloria de este misterio entre los gentiles; que es Cristo en vosotros, la esperanza de gloria" (Col 1:27). "Cuando Cristo, vuestra vida, se manifieste, entonces vosotros también seréis manifestados con él en la gloria" (Col 3:4). "Con Cristo estoy juntamente crucificado, y ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí; y lo que ahora vivo en la carne, lo vivo en la fe del Hijo de Dios, el cual me amó y se entregó a sí mismo por mí" (Gá 2:20). "Examinaos a vosotros mismos si estáis en la fe; probaos a vosotros mismos. ¿O no os conocéis a vosotros

mismos, que Jesucristo está en vosotros, a menos que estéis reprobados?" (2Co 13:5). "Llevando en el cuerpo siempre por todas partes la muerte de Jesús, para que también la vida de Jesús se manifieste en nuestros cuerpos" (2Co 4:10).

(e) *La vida eterna depende de la fe en Cristo como Salvador.* "Pero éstas se han escrito para que creáis que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios, y para que creyendo, tengáis vida en su nombre" (Jn 20:31). "Mas a todos los que le recibieron, a los que creen en su nombre, les dio potestad de ser hechos hijos de Dios; los cuales no son engendrados de sangre, ni de voluntad de carne, ni de voluntad de varón, sino de Dios" (Jn 1:12-13). "Porque la paga del pecado es muerte, mas la dádiva de Dios es vida eterna en Cristo Jesús Señor nuestro" (Ro 6:23).

Así que la regeneración es presentada en las Escrituras como uno de los más importantes aspectos en la obra de la salvación. Como su enseñanza es extraña a las cosas de este mundo, ésta es totalmente omitida por otros sistemas religiosos. Por ser la única puerta de salida a través de la cual un alma puede ser librada del poder de las tinieblas y trasladada al reino del Hijo Amado de Dios (Col 1:13) es, también, cuidadosamente omitida de los credos satánicos, y de las enseñanzas de sus apóstoles (2Co 11:13-15). Aún así, si ésta revelación es rechazada, ¿qué otra interpretación pudiese darse a esta gran verdad? O ¿qué otro poder pudiera substituirse que capacitara a un alma a levantarse al presente y futuro estado del cristiano, como el estado descrito en la palabra de Dios?

IV. El Don del Espíritu. La calidad de la vida en el creyente que honre a Dios, ha sufrido un sin número de fracasos debido a la casi universal confusión y negligencia de la verdad con relación a la obra del Espíritu en y a través de él. Esto comienza en la tarea del Espíritu en su preparación de un alma para la salvación.

En relación del Espíritu con el creyente, es muy importante reconocer que él hace su habitación permanente al momento en que uno cree. Por lo tanto, recibir al Espíritu no es una "segunda bendición" derramada sobre cristianos especialmente consagrados en respuesta a la oración. Porque a partir del día de Pentecostés y desde que el evangelio fue dado a los gentiles como dice Hechos 10, el Espíritu Santo ha venido a vivir en el hijo de Dios en el momento en que éste ha pasado de muerte a vida.

Aunado a esto, es necesario recordar que en Romanos 5:1-11, donde se enumeran algunos resultados inmediatos de la justificación por fe, el verso cinco afirma que "el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos fue dado". También Pablo, al corregir a los cristianos de Corinto por pecados escandalosos, basó toda su apelación a ellos en que eran templos del Espíritu Santo (1Co 6:19). Así también, en Romanos 8:9: "Mas vosotros no vivís según la carne, sino según el Espíritu, si es que el Espíritu de Dios mora en vosotros. Y si alguno no tiene el Espíritu de Cristo, no es de él." Y en Gálatas 4:6: "Y por cuanto sois hijos, Dios envió a vuestros corazones el Espíritu de su Hijo, el cual clama: ¡Abba, Padre!" (Véanse también, Jn 7:37-39; 1Co 2:12; 1Jn 3:24; 4:13. También, cuando apropiadamente son comprendidos, Hch 8:15-17; 19:1-6, no son excepción a esta enseñanza positiva de la palabra de Dios).

Es posible y necesario ser "lentos del Espírítu Santo" repetidamente para cada necesidad (Ef 5:18); pero no debemos confundirlo nunca con el hecho de recibir al Espírítu, lo cual es uno de los aspectos del primer tiempo de la salvación.

Por medio de esta nueva relación con el Espírítu, el creyente es equipado de inmediato para enfrentarse a todas las demandas de la vida nueva. El puede ser victorioso sobre el "viejo hombre" con sus deseos y hábitos carnales. El "nuevo hombre" puede vivir para la gloria de Dios y servirle con energías que están fuera del poder y la capacidad humana. La plena realidad de que el cristiano adquiere instantáneamente posesión del poder suficiente por el Espírítu para vivir completamente para Dios, está en contraste directo con el ideal del mundo de "edificar el carácter" lo cual demanda años de penosas derrotas y fallos. Por supuesto que tendrá que aprender a rendirse a sí mismo al poder del Espírítu para encontrar que es librado de todas las "obras de la carne" que son: "adulterio, fornicación, inmundicia, lascivia, idolatría, hechicerías, enemistades, pleitos, celos, iras, contiendas, disensiones, herejías, envidias, homicidios, borracheras, orgías, y cosas semejantes a estas . . ." En lugar de éstas, el Espírítu quien habita en el creyente traerá en él "el fruto del Espírítu", el cual es "amor, gozo, paz, paciencia, benignidad, bondad, fe, mansedumbre, templanza" (Gá 5:19-24).

Sólo de esta manera, al haber recibido al Espírítu en el momento de ser salvo, y al rendirnos a él completamente, somos equipados desde ese momento para triunfar sobre la "vieja naturaleza", la carne, y Satanás, el enemigo de las almas. También experimentaremos una vida santa de compañerismo con Dios y encontraremos el don que el Espírítu nos ha dado para la edificación de los demás (Ro 12:3-8; 1Co 12:4-31). Mientras él realiza su obra de santificación y enseñanza, por el momento, podemos llenar a cabalidad la voluntad de Dios para nuestra vida.

V. El Bautismo del Espírítu. Cualquier conocimiento de este aspecto de la salvación, debe de depender de un concepto claro de los varios significados de la palabra "iglesia" como es usada en la Biblia. Aunque esta se usa haciendo referencia a una organización local de quienes profesan ser cristianos, también se usa para designar a la compañía completa del pueblo regenerado que ha sido, o será salvado durante esta era de la gracia. Este conjunto de personas, u organismo, es la verdadera iglesia, "la iglesia, la cual es su cuerpo". Algunas veces se menciona directamente, y otras veces en tipos y figuras, lo cual sugiere la unión perfecta que existe entre Cristo y los creyentes, y entre creyentes mismos: el pastor y las ovejas (Jn 10); la vid y los pámpanos (Jn 15); la piedra angular y las piedras del edificio (Ef 2:19-22); el esposo y la esposa (2Co 11:2; Ef 5:29; Ap 19:7), con muchos tipos en el Antiguo Testamento; el "sumo sacerdote" y el "reino de sacerdotes"; el "segundo Adán" y la "nueva criatura"; la cabeza viviente y el cuerpo con sus muchos miembros (1Co 12:12-31; Ef 1:22-23). La formación de esta compañía es el propósito de esta era (Hch 15:13-18); porque ellos son el pueblo celestial cuyo fin y gloria serán manifestados en todas las edades venideras.

Es en este cuerpo glorioso que el creyente es colocado por el bautismo del Espírítu en el momento en que es salvo. Este bautismo, en el cual el creyente es unido a Cristo y a los otros miembros en el mismo cuerpo, sobrepasa todo entendimiento, y es una unión más estrecha que cualquier relación humana. El esposo y la esposa son, en el propósito de Dios, "una carne"; mientras que se dice de esta unión mística de la iglesia con su "cabeza viviente" que son "un espíritu": "Porque por un solo Espírítu fuimos todos bautizados en un cuerpo, sean judíos o

griegos, sean esclavos o libres; y a todos se nos dio a beber de un mismo Espíritu" (1Co 12:13). "Pero el que se une al Señor, un espíritu es con él" (1Co 6:17).

Una relación tan grande debe producir alguna experiencia personal en el creyente, aun cuando esta doctrina le es totalmente desconocida. Por lo tanto, la prueba le es dada a todo el que profesa ser cristiano: "Nosotros sabemos que hemos pasado de muerte a vida, en que amamos a los hermanos. El que no ama a su hermano [cristiano], permanece en muerte" (1Jn 3:14).

La unión del creyente en el cuerpo es perfecta y completa desde el comienzo de su salvación. Abre delante de él la bendita certeza de ir con ese cuerpo a encontrarse con el Señor cuando él venga a recibir a los suyos (1Ts 4:13-18) y ser de la esposa, en el seno del esposo, en el palacio del Rey.

VI. El Sacerdote Cristiano. El creyente también es constituido sacerdote para Dios cuando es redimido. El es uno de los que forman la gran compañía sacerdotal la cual es la verdadera iglesia. Y tiene acceso, a través de la sangre de Cristo, al Lugar Santísimo, donde Cristo, el sumo sacerdote, ya ha entrado. El tiene el privilegio, como el sacerdote antiguo, de ofrecer su sacrificio y alabanza a Dios e interceder delante de él por sus semejantes (1P. 2:5, 9).

VII. La Intercesión y la Abogacía de Cristo. Tres veces se menciona en las Epístolas que Cristo vive ahora para hacer intercesión por los suyos (Ro 8:34; He 7:25; 9:24). Además de esto, Cristo dijo en su oración sumosacerdotal: "Yo ruego por ellos; no ruego por el mundo, sino por los que me diste; porque tuyos son" (Jn 17:9). Así, los inconversos, al creer, vienen instantáneamente al lugar de privilegio en el cual Jesús se convierte en el intercesor de ellos. Este es un factor vital en la firmeza y seguridad de aquel que está descansando en Cristo por fe; porque es en ésta relación de preservarnos que estas referencias ocurren. A las preguntas, "¿Quién acusará a los escogidos de Dios?" y "¿Quién es el que condenará?" está la respuesta aseguradora: "Cristo es el que murió; más aun, el que también resucitó, el que además está a la diestra de Dios, el que también intercede por nosotros" (Ro 8:33-34). Y otra vez: "Por lo cual puede también salvar perpetuamente a los que por él se acercan a Dios, viviendo siempre para interceder por ellos" (He 7:25).

Por lo tanto, Cristo, como intercesor, media entre la debilidad e incapacidad del creyente y todo lo que Dios requiere.

Como abogado, el Señor se enfrenta a las transgresiones y faltas del creyente sobre la base de su completa suficiencia y sacrificio por el pecado. Escrito está: "Hijitos míos, estas cosas os escribo para que no pequéis; y si alguno hubiere pecado, abogado tenemos para con el Padre, a Jesucristo el Justo. Y él es la propiciación por nuestros pecados; y no solamente por los nuestros, sino también por los de todo el mundo" (1Jn 2:1-2). Así que, se nos dice: "Si confesamos nuestros pecados, él es fiel y justo para perdonar nuestros pecados, y limpiarnos de toda maldad" (1Jn 1:9). Con el abogado defendiendo su propio y suficiente sacrificio por los pecados del ya salvado, el acto de remover las transgresiones ahora no pertenece a la *misericordia*; porque Dios es "fiel y *justo* para perdonar nuestros pecados".

De esta manera, Cristo se ha convertido en el intercesor y abogado del creyente, proveyéndole toda la limpieza de contaminación de pecado y convirtiéndose en la certeza de su

seguridad, a pesar de su debilidad e indignidad. Todo esto ocurre desde el momento en que él "viene a Dios a través de él".

Cualquier esfuerzo para describir esta gran salvación resulta inadecuado; pues aún no se ha dicho la mitad acerca de las riquezas de la gracia en Cristo Jesús. Pero sí hemos visto lo suficiente para demostrar que la primera obra en la salvación, ofrecida al inconverso basándose en los méritos del sacrificio de Cristo, es una transformación estupenda e inmediata del poder de las tinieblas y la condenación del pecado a la gloriosa luz, libertad y seguridad de ser hijo de Dios. Es el poder sin medida, la sabiduría y el amor de Dios obrando, a su propio costo infinito, para crear una humanidad nueva, redimida y celestial. Ante tal objetivo los substitutos humanitarios ofrecidos por Satanás o el hombre, son nada.

Esta salvación no es el producto del pensamiento o de la invención humana sino que "se manifestó" como "revelación" de Dios al hombre (Tito 3:4; Gá 1:11-12). Las sorprendentes palabras "los expertos están de acuerdo", son la evidencia final ofrecida en defensa de otros llamados "evangelios" de hoy día. Pero del único y verdadero evangelio de la gracia puede decirse: "toda la Escritura está de acuerdo", porque éste es su mensaje central desde el principio hasta el final.

Esta salvación tan grande es presentada al hombre como una totalidad perfecta. Por lo tanto no puede ser dividida, porque no hay provisiones divinas por las cuales alguna porción de este poderoso trabajo pueda aceptarse aparte del todo. Quien acepta el perdón de pecados, o un lugar con los redimidos en la gloria, lo hace solamente al recibir al Señor Jesucristo; y con él, todo lo que Dios en su infinito amor ha de derramar. Y si él comprende poco sobre la grandeza de esta obra redentora por su entendimiento limitado, podrá privarse de gozo y bendición; pero no cambia la verdad de su nuevo y glorioso estado.

Los perdidos son redimidos cuando *creen* el plan de la salvación. Esta no se basa en la oración, arrepentimiento, reformación, profesión, o en "buscar al Señor". Israel buscó al Señor mientras pudo ser hallado (Is 55:6); pero ningún gentil "busca a Dios" (Ro 3:11). "El Hijo del Hombre vino a buscar y a salvar lo que se había perdido" (Lc 19:10).

También, es claro que la trascendental empresa de esta salvación es completamente obra de Dios, ya que todas sus fases dependen de su poder que sobrepasa la fuerza humana. Debido a esto, la condición para ser rescatado es razonable, porque demanda solamente una actitud de esperanza en Dios a través de Cristo. Una persona ciega y orgullosa necesita no tan sólo ser afectada de tal manera que quiera ser salva, sino también, ver su plena insuficiencia ante el poder de Dios y el sacrificio de Cristo en la cruz, y esto a pesar de la cegadora oposición de Satanás quien opera en él (Ef 2:2).

¿Quién es suficiente para estas cosas? ¡Seguramente no lo es el predicador elocuente ni el apasionado evangelista! Solamente Dios es suficiente; y él ha provisto a plenitud la preparación necesaria de la mente y el corazón en la importantísima obra de convicción hecha por el Espíritu Santo.

CAPÍTULO III

CONVICCIÓN POR EL ESPÍRITU

Todo ganador de almas se percata, tarde o temprano, que la mayoría de los inconversos no comprenden la seriedad del estado perdido en que se encuentran; ni tampoco se alarman aun cuando se les avise y advierta del peligro. Estas personas pueden ser inteligentes y listas para aprovechar cualquier oportunidad para avanzar material e intelectualmente. Pero hay una sombra de indiferencia y apatía hacia las cosas que pueden asegurarles una correcta relación con Dios. Todas las ofertas de gracia con las bendiciones presentes y futuras de los redimidos son escuchadas sin una reacción o respuesta razonable. Tal vez ellos son afectuosos, agradables y bondadosos. Probablemente sientan gran compasión hacia todo sufrimiento y necesidad. Pero su pecaminosidad delante de Dios y la imperiosa necesidad de un Salvador son extrañamente desechadas por ellos. Se acuestan a dormir sin miedo y se despiertan a una vida que está libre de todo pensamiento u obligación hacia Dios. El fiel ministro pronto aprende, para su tristeza, que la más cuidadosa presentación de la verdad y la invitación más apasionada no produce ningún efecto en ellos, y naturalmente surge la pregunta: ¿Cómo, pues, podrán ser alcanzados con el evangelio?

La respuesta a esa pregunta se halla en un correcto entendimiento de la causa de la indiferencia de ellos y en una adaptación de los métodos de trabajo para que haya una cooperación con el Espíritu Santo al seguir el programa divino en salvar almas.

Uno de los grandes enemigos del evangelismo moderno, que ha sido tratado muy a la ligera, es descrito en el pasaje siguiente: "Pero si nuestro evangelio está aún encubierto, entre los que se pierden está encubierto; en los cuales el dios de este siglo cegó el entendimiento de los incrédulos, para que no les resplandezca la luz del evangelio de la gloria de Cristo, el cual es la imagen de Dios" (2Co 4:3-4).

Este pasaje apenas necesita ser comentado más allá de una pequeña referencia al significado exacto de la palabra "evangelio" como es usada aquí.

El sistema de verdad que Pablo recibió como una revelación especial (Gá 1:12), y que más tarde lo llamó "mi evangelio", "el evangelio de Cristo" y "el evangelio de Dios" (Ro 2:16; Fil 1:27; 1Ts 2:2), es un tema más limitado que la historia de la vida de Cristo narrada en los cuatro Evangelios del Nuevo Testamento. Sin embargo, es el fundamento exacto de la salvación por la cruz de Cristo a través de la gracia de Dios. Es la revelación total de la divina propiciación por los pecados. Ya que fue una misión mayor que la que el judío podía anticipar, pues se extendía también a los gentiles, es la oferta de Dios para la salvación del mundo en esta edad. Por el evangelio fueron traídas a la luz la vida y la inmortalidad (2Ti 1:10). Y únicamente por la redención y la declaración de esas condiciones bajo gracia, uno puede convertirse "de las tinieblas a la luz, y de la potestad de Satanás a Dios" (Hch 26:18). Y estando a punto de ser librado "de la potestad de Satanás a Dios" el evangelio está encubierto por todo el poderío y la sabiduría del diablo. La doctrina de Satanás (2Co 2:10-12; 1Ti 4:1-2; Ap 2:24) ha consistido siempre en la perfección moral obtenida mediante el esfuerzo propio u obras personales (Is

14:14; Gn 3:4-5). Su programa de autosuficiencia, que sólo resulta en gloria personal, contrasta con el verdadero principio de la fe salvadora, por medio de la cual uno descansa solamente en Dios para cualquier transformación (Ro 8:29; 1Jn 3:2).

Debido a esta verdad de ceguera satánica, encontramos que los inconversos son incapaces de tener relación alguna con Dios que no sea basada en el mérito propio (Jn 3:1-8; 1Co 2:1-16). Ellos no comprenden que "el fin de la ley es Cristo para justicia a todo aquel que cree" (Ro 10:4), y que esta ceguera los guía a "tratar de establecer su propia justicia", en lugar de aceptar la justicia de Dios (Ro 3:21-22; 4:1-6; 10:3-4; 1Co 1:30; 2Co 5:21; Fil 3:8-9).

La fe salvadora se puede definir como el acto voluntario para abandonar toda esperanza y razones basadas en méritos personales y asumir una actitud de confianza en Dios, creyendo en que él hará una perfecta obra de salvación fundamentada en los méritos de Cristo. Tal certeza en Dios es razonable a la luz de esta verdad, pues la salvación es un hecho de origen divino, y por lo tanto, humanamente imposible. Pero lo razonable carece de fuerza para aquél cuya razón ha sido cegada a este punto vital. Es a este hecho solemne al que el evangelismo tiene que enfrentarse. Una iluminación divina está en demanda. Ningún poder o argumento humano es suficiente para iluminar el alma entenebrecida en lo concerniente a los pasos necesarios para el camino de la vida. Esto es trabajo del poderoso Espíritu Santo. La Biblia enseña claramente que el evangelio del sacrificio substitucionario de Cristo es la única base posible para la salvación y para escapar del "poder de Satanás a Dios". Por lo tanto, no es de extrañar que el diablo esté imponiendo su ceguera en la mente de los inconversos específicamente en este punto.

En los días del ministerio terrenal de Cristo, los demonios dieron testimonio de su deidad como Hijo de Dios; exactamente así, Satanás está testificando ahora directamente al valor de la única oferta de salvación al centralizar todo su poder cegador sobre la cruz.

Además de cegar directamente a los inconversos en lo referente al valor de la cruz, Satanás está incesantemente activo a través de sus ministros, tratando de excluir esta verdad central de la fe cristiana. El diablo, para hacer su obra, como está escrito, impone sobre el mundo grandes sistemas de religiones fraudulentas y de reexaminación de doctrinas. Otro indicio de la falsedad satánica es que en todas estas cosas la única base revelada por Dios para la salvación es cuidadosamente omitida.

El encubrimiento de la mente, mencionado en 2 Corintios 4:3-4, causa una incapacidad universal para comprender la salvación, y es puesto por el gran enemigo de Dios en su esfuerzo por obstaculizar su propósito redentivo. Es una condición mental sobre la que el hombre no tiene poder. Aún así, Dios ha provisto un medio por el cual este velo satánico puede ser quitado, los ojos abiertos (Hch 26:18), los ojos del corazón iluminados (Ef 1:18), y traer al alma a la luz del evangelio de la gloria de Cristo. Después que este "abrir de ojos" ha sido realizado el evangelio será para uno tan deseable como de trascendental importancia. Esta gran obra es por la energía divina y es uno de los más poderosos movimientos del "poder de Dios para salvación". La Biblia se refiere a esto como la atracción de Dios y la convicción del Espíritu Santo: "Ninguno puede venir a mí, si el Padre que me envió no le trajere" (Jn 6:44). "Y cuando él venga, convencerá al mundo de pecado, de justicia y de juicio" (Jn 16:8).

Esta atracción y convencimiento deben ser diferenciados del acercamiento e iluminación universal de la humanidad mencionado en estos pasajes: "Y yo, si fuere levantado de la tierra, a todos atraeré a mí mismo" (Jn 12:32), y "aquella luz verdadera, que alumbra a todo hombre, venía a este mundo" (Jn 1:9). Estas citas se refieren a una obra divina y especial para ser realizada en cada individuo, y presentan el único medio suficiente por el cual un alma gobernada por Satanás (Ef 2:2) puede inclinarse hacia Dios, y sus ojos cegados pueden recibir una nueva visión del evangelio de la gracia.

La importancia de esta verdad amerita el estudio de otros tres textos. En cada uno de éstos la atracción divina, o el llamamiento, puede verse en su verdadera posición y orden entre los otros aspectos del "poder de Dios para salvación". En ellos esa fase de la verdad es indicada por las palabras "abrir sus ojos", "me llamó por su gracia", y "llamó". Veamos: "Para que abras sus ojos, para que se conviertan de las tinieblas a la luz, y de la potestad de Satanás a Dios; para que reciban, por la fe que es en mí, perdón de pecados y herencia entre los santificados" (Hch 26:18). "Pero cuando agradó a Dios, que me apartó desde el vientre de mi madre, y me llamó por su gracia, revelar a su Hijo en mí, para que yo le predicase entre los gentiles, no consulté en seguida con carne y sangre" (Gá 1:15-16). "Y a los que predestinó, a éstos también llamó; y a los que llamó, a éstos también justificó; y a los que justificó, a éstos también glorificó" (Ro 8:30).

Otros pasajes que enfatizan la iluminación necesaria del Espíritu: "Ninguno puede venir a mí, si el Padre que me envió no le trajere; y yo le resucitaré en el día postrero. Escrito está en los profetas: Y serán todos enseñados por Dios. Así que, todo aquél que oyó al Padre, y aprendió de él, viene a mí" (Jn 6:44-45).

"Por tanto, os hago saber que nadie que hable por el Espíritu de Dios llama anatema a Jesús; y nadie puede llamar a Jesús Señor, sino por el Espíritu Santo" (1Co 12:3). "El les dijo: Y vosotros, ¿quién decís que soy yo? Respondiendo Simón Pedro, dijo: Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios viviente. Entonces le respondió Jesús: Bienaventurado eres, Simón, hijo de Jonás, porque no te lo reveló carne ni sangre, sino mi Padre que está en los cielos" (Mt 16:15-17).

Este aspecto especial de la obra divina, que hemos visto en los pasajes citados, es elaborado más particularmente en Juan 16:8-11. El contexto completo de ese pasaje (Jn 16:8-15) anuncia, además de la triple obra del Espíritu en los inconversos, o "el mundo", un trabajo instructivo e iluminativo del Espíritu especialmente para los convertidos, a quienes se les refiere por medio del pronombre personal "os" o "vosotros". Así como estos dos grupos (convertidos e inconversos) fueron distinguidos en conexión con las citas señaladas anteriormente, esa diferencia también aquí debe notarse. Por consiguiente, veremos que los convertidos han de ser guiados a "toda verdad"; mientras los inconversos han de ser instruidos solamente en un aspecto en particular. Para los convertidos "todas las cosas" de Cristo y de Dios han de ser mostradas. Pero los inconversos han de ver solamente lo que les concierne primero, es decir, la salvación en Cristo Jesús. Este pasaje que se refiere a la obra del Espíritu por los inconversos es como sigue: "Pero yo os digo la verdad: Os conviene que yo me vaya; porque si no me fuere, el Consolador no vendría a vosotros; mas si me fuere, os lo enviaré. Y cuando él venga, convencerá al mundo de pecado, de justicia y de juicio. De pecado, por cuanto no creen en mí; de justicia, por cuanto voy al Padre, y no me veréis más; y de juicio, por cuanto el príncipe de este mundo ha sido ya juzgado" (Jn 16:7-11).

Al considerar esta porción debe notarse primero que la palabra "convencerá" no se limita, como se supone frecuentemente, al "pecado", sino que también abarca a la "justicia" y el "juicio". Esto sugiere un significado mucho más que una agonía mental aguda por el pecado, aunque eso puede seguir.

El verbo "convencerá" como es usado aquí, sugiere un proceso de iluminación acerca de tres verdades distintas, en lugar de un sentimiento de remordimiento por los pecados cometidos. No hay garantía para asumir que esta triple visión de origen divino es divisible, o en alguna manera sujeta a cumplimiento parcial. Por lo tanto, no sería razonable limitar nuestra idea de este ministerio del Espíritu Santo solamente a uno de los aspectos de este trabajo.

Un estudio de dieciséis pasajes donde es traducida la palabra griega "convencer", revela que ésta describe comúnmente una condición mental que resulta de la impartición de una verdad. Ese trabajo convencedor del Espíritu en el mundo es idéntico a la iluminación por el Espíritu que ya hemos considerado.

Hasta aquí, mucho depende de comprender con claridad el alcance total de la acción del Espíritu sugerido por las tres palabras "*pecado*", "*justicia*" y "*juicio*". Veamos ahora estas palabras:

"De *pecado*, por cuanto no creen en mí". "Respondió Jesús y le dijo: De cierto, de cierto te digo, que el que no naciere de nuevo, no puede ver el reino de Dios" (Jn 3:3). "Pero el hombre natural no percibe las cosas que son del Espíritu de Dios, porque para él son locura, y no las puede entender, porque se han de discernir espiritualmente" (1Co 2:14).

Es precisamente la incapacidad y ceguera del inconverso que demandan la obra iluminadora del Espíritu en "convencer de pecado". Es evidente por las palabras "por cuanto no creen en mí" que ellos no comprenden el camino de la vida en Cristo Jesús, ni que tampoco ha resplandecido en ellos la luz gloriosa del evangelio de Cristo. El único pecado que ha de ser revelado, de acuerdo con este pasaje, es el rechazar a Cristo personalmente (véase también Jn 3:18). La razón por la que hay un solo pecado es obvia. Jesús llevó perfectamente la condenación de los pecados del individuo, y Dios, en ninguna manera, los pone nuevamente sobre el pecador. Pero ahora, Dios lo tiene como responsable por no creer el testimonio de la muerte expiatoria de su Hijo (1Jn 5:10-12). Es claro que la condenación presente no resulta de los pecados que Dios ha contado como cubiertos por la sangre de su Hijo. El asunto, simplemente, es el rechazamiento de su Hijo quien llevó los pecados del mundo. Sin embargo, el hecho de que el pecador comprenda que sus culpas han sido llevadas por Cristo en lugar de él, y que él tiene la responsabilidad única de recibir a ese Salvador y su obra redentora, requiere una iluminación adicional del Espíritu.

El evangelio requiere una revelación especial para ser entendido. Anuncia a toda la humanidad una libertad perfecta de la penalidad del pecado. También presenta la correspondiente verdad que solamente puede haber una razón de condenación: el rechazamiento del Salvador, quien cargó con el pecado. A la luz de la cruz, la relación del hombre y Dios es tan ajena a la mente del inconverso, que no puede asimilar esta verdad sin la iluminación personal y directa del Espíritu.

La obra del Espíritu es revelar el remedio del pecado ya realizado y prevenir contra la condenación que sigue al rechazar el sacrificio de Cristo en la cruz. Aunque "el hombre natural" puede ser educado, gentil, refinado, o capacitado, no tiene visión de la salvación. No tiene una concepción adecuada del pecado de rechazar a Jesús hasta que él y su obra al llevar la carga del pecado son manifiestos. Esto es realizado por el Espíritu al convencer de justicia y de juicio: revelaciones de Cristo y de su salvación.

DE JUSTICIA "por cuanto voy al Padre y no me veréis más". "Mas vosotros negasteis al Santo y al Justo, y pedisteis que se os diese un homicida, y matasteis al Autor de la vida, a quien Dios ha resucitado de los muertos, de lo cual nosotros somos testigos" (Hch 3:14-15). "El cual fue entregado por nuestras transgresiones, y resucitado para nuestra justificación" (Ro 4:25).

En la visión del Justo quien murió en la cruz le será revelado al inconverso por el Espíritu que "Dios estaba en Cristo reconciliando consigo al mundo" y que el Justo llevó la maldición de la injusticia del pecador "en su cuerpo sobre el madero". El hecho de que él resucitó y ascendió demuestra que él era el Justo que murió. Esta visión es de la vital importancia, porque el Justo en la cruz es el único punto de contacto del pecador con el poder salvador de Dios. El fundamento de la salvación revelado por la obra convencedora del Espíritu, es la muerte del Justo. El goce de todas las bendiciones presentes de compañerismo y seguridad depende de una revelación directa y personal del Cristo viviente por el Espíritu.

El problema de todo destino humano es alcanzar la justicia de Dios, ya que sin esta el hombre nunca podrá presentarse delante de él (He 12:10, 14). Cristo, quien no conoció pecado, *fue hecho* pecado por nosotros, para que nosotros *fuésemos hechos* justicia de Dios en él. El Justo llevó nuestros pecados en su muerte y por eso satisfizo todas las demandas del Padre. El se hizo carne, vivió y cumplió cada requisito de la ley, y se ofreció a sí mismo como el sacrificio perfecto por la humanidad imperfecta. Aquel se hizo visible, murió, resucitó, ascendió y ahora es invisible. Pero aún es el Señor viviente "Dios . . . bendito por los siglos", y el pecador *es hecho* "acepto en el Amado". Se viste en la justicia de Dios. Esta posición de estar vestido con la justicia de Dios a través de los méritos y la persona del Cristo viviente se debe totalmente a que él, en realidad, *fue hecho* pecado por nosotros.

Por lo tanto, el convencer de justicia es reconocer que el Justo murió en la cruz, resucitó de entre los muertos, y está sentado en la gloria con toda su obra expiatoria aceptada delante de Dios, y que puede "guardar mi depósito para aquel día". Cristo juzgó en la cruz todo pecado y aseguró una salvación perfecta. Así que en el cielo sigue guardando a todo aquel que ha creído. Cristo "nos ha sido hecho . . . justificación". Para el alma consciente del pecado, saber que hay una justicia perfecta en Cristo significa descanso. Tal conocimiento no viene sin la obra iluminadora del Espíritu Santo.

DE JUICIO, "por cuanto el príncipe de este mundo ha sido ya juzgado". "Ahora es el juicio de este mundo; ahora el príncipe de este mundo será echado fuera" (Jn 12:31). "Y a vosotros, estando muertos en pecados y en la incircuncisión de vuestra carne, os dio vida juntamente con él, perdonándoos todos los pecados, anulando el acta de los decretos que había contra nosotros, que nos era contraria, quitándola de en medio y clavándola en la cruz, y despojando a los principados y a las potestades, los exhibió públicamente, triunfando sobre ellos en la cruz" (Col 2:13-15).

Así, también, el Espíritu ilumina la mente entenebrecida acerca del juicio completo y suficiente de todo pecado en la cruz de Cristo. Este juicio no solo cumplió toda condenación por el pecado (Is 53:4-6; Ro 6:10; 2Co 5:14, 21; He 10:2-18; 1P 1:18-19; 2:24), sino que también rompió toda reclamación y autoridad de los poderes y potestades de las tinieblas (Col 2:13-15). A través de la muerte de Cristo somos librados para siempre de las tinieblas satánicas (Col 1:12-14) y salvados y guardados para el "reino del Hijo amado de Dios" (Ro 5:10). Este es el plan de la gracia redentora de Dios, y podemos concluir, con toda confianza, que tan cierto como Satanás está cegando la mente del inconverso en lo que concierne a la obra redentora de Cristo, así es tan cierto que el Espíritu ilumina su mente con respecto a esta misma verdad.

Antes de la cruz, la demanda de Satanás sobre el hombre fue su pecado, su falta de conformidad al carácter de Dios. Pero su poderío fue completamente roto mediante la cruz, por la cual, la maldición del pecado fue removida. A partir de este acto, su prioridad ha sido la de cegar las mentes de aquellos que están sujetos a su poder con respecto al hecho de la expiación universal por el pecado, y de causar confusión y, por último, rechazamiento de dicha expiación a fin de enjuiciarlos bajo la final y única condenación: "Por cuanto no creen en mí".

Debido a que todos los "principados y potestades" fueron "despojados" y "derrotados" en el juicio divino sobre el pecado, ahora el camino de redención está abierto para todos los que vengan a través de la cruz. Pero es exactamente ese valor de la muerte de Cristo lo que constituye el objeto de la obra de Satanás y solamente el Espíritu Santo puede iluminar la mente cegada. Esto lo hace convenciendo del perfecto juicio que por todos los hombres ya ha sido efectuado.

Nuevamente, enfatizo que la fase del evangelio que Satanás ha encubierto de "los que se pierden", es el camino de vida a través de la muerte de Cristo. Es la misma verdad central que el Espíritu Santo desea revelar a "los que se pierden" al convencerlos "de pecado, de justicia y de juicio".

En relación con esto, no se requiere que uno tenga que conocer todas las fases relacionadas con el sacrificio de Cristo antes de ser divinamente preparado para la salvación. Pero sí se requiere que el Espíritu haga el significado de la cruz lo suficientemente claro para ayudarle a abandonar toda esperanza en obras personales, y se vuelva por completo a la obra de Cristo en fe inteligente y salvadora. El desarrollo de la verdad redentora fue revelado a Pablo directamente por Dios. Y hay un sentido muy real, en el cual esa verdad debe ser directamente revelada a cada individuo, para que él la escoja por sí mismo como su única base de esperanza. El sacrificio expiatorio de Cristo como fundamento único y suficiente para la salvación debe convertirse en una *realidad* antes de convertirse en una *finalidad* en la fe salvadora. Y al convencer al mundo de pecado, justicia y de juicio esta verdad es hecha patente por el Espíritu.

¿Qué argumento o influencia humana convence a las mentes cegadas por Satanás que no creer en Cristo Jesús es el gran pecado condenador? Ciertamente esto no se verá en toda su magnitud hasta que la mente ha sido iluminada con relación a la persona y la obra salvadora de Cristo. Así que, solamente por el Espíritu puede tenerse algún concepto de todo lo que se rechaza al no creer en Cristo.

Sin embargo, ningún concepto claro de la obra iluminadora del Espíritu en la mente de los inconversos sería completo sin reconocer los instrumentos usados por él.

LA PALABRA DE DIOS, la cual es "la espada del Espíritu". Hagamos una distinción entre la total obra divina por los convertidos y esa pequeña parte de la misma obra que puede ser hecha en los inconversos en preparación para la salvación. A continuación, presento algunas sugerencias de las riquezas de su obra a favor del inconverso.

Para el hijo de Dios la palabra de Dios es un poder limpiador, santificador y como el espejo del alma (Jn 13:10-11; 15:3; 17:17; 2Co 3:18; Ef 5:25-26).

Para el no creyente la palabra de Dios es la "espada del Espíritu" (Ef 6:17). Todos aquellos que exigen métodos en el trabajo personal, propiamente ponen gran énfasis en el uso correcto de las Escrituras al tratar con los inconversos. Dios usa la "espada del Espíritu", y él no ha prometido usar ninguna otra cosa para aclarar la mente cegada.

Como se ha visto, la obra convencedora del Espíritu envuelve un cambio radical en lo más profundo del ser humano, donde sus motivos y deseos son primeramente formados. Así que una concepción completamente nueva del fundamento de redención provisto por Dios y una visión de la gloriosa persona de Cristo son creadas. Tanto lo que Cristo es como lo que hizo son presentados en las Escrituras, y el Espíritu vitaliza su propia palabra, ya sea por medio de la hoja impresa, o a través de los labios de su mensajero, para traer una nueva luz a la mente entenebrecida. Por lo tanto se dice de la palabra de Dios: "Porque la palabra de Dios es viva y eficaz, y más cortante que toda espada de dos filos; y penetra hasta partir el alma y el espíritu, las coyunturas y los tuétanos, y discierne los pensamientos y las intenciones del corazón" (He 4:12). La palabra misma es, sin embargo, solo la espada, y debe ser empuñada por el Espíritu para que sea efectiva.

La palabra de Dios, en las manos del Espíritu, es viva y eficaz lo cual constituye la única garantía para cualquier presentación e invitación al inconverso. También, el mensaje, para que sea efectivo debe estar de acuerdo con toda la verdad de Dios. Es una verdad evidente que todo ganador de almas ha sido un fiel defensor de todas las doctrinas esenciales de las Escrituras.

La destreza del evangelista o del ministro que hace la obra de evangelista, se manifiesta en la habilidad de presentar el conjunto total de la verdad redentiva repetidamente, pero con frescura y variedad.

El evangelista está limitado al mensaje que presenta la cura del pecado y el camino de vida por la muerte substitucionaria de Cristo, ya que ese es el único mensaje que el Espíritu usa como su espada para abrir los ojos. ¡Qué impotente es la persona que tiene un corazón incrédulo hacia la sangre de Cristo! Su mensaje ha sido engañosamente apartado del camino de vida para apelar a la moralidad o a ceremonias religiosas.

Jesús ha mandado a los suyos que prediquen el evangelio de la verdad redentora a toda criatura. Pero sus proclamaciones serán infructuosas si no van acompañadas por la obra convencedora e iluminadora del Espíritu. Esta obra del Espíritu depende de la obra del creyente que debe siempre acompañar a la predicación. Este es el ministerio de la oración intercesora.

Podemos concluir que es la obra del Espíritu presentar el juicio propiciatorio de la cruz y la persona gloriosa y viviente de Cristo al inconverso a través de la predicación de la palabra. Y cuando un predicador evade tanto el mensaje de la cruz como la deidad de Cristo no ha habido, ni puede haber, ninguna cooperación del poder convencedor del Espíritu, aunque todo otro elemento de mérito literario y elocuencia humana sea suplido. Evidencia de esto existe en abundancia.

No es un simple capricho arbitrario de Dios que debe haber una recepción inteligente de la obra de Cristo como base de redención: "porque no hay otro nombre bajo el cielo, dado a los hombres, en que podamos ser salvos" (Hch 4:12). Ya que en ningún otro fundamento puede ejercitarse su misericordia y gracia en justicia y rectitud. Por lo tanto, la base de la redención tiene que ser lo suficientemente clara a cada individuo para que deposite su fe en Cristo. Ningún argumento o enseñanza humana disipa las tinieblas satánicas que obstaculizan la fe salvadora, ni crea la nueva visión que es necesaria. Es posible que una alma cegada sea religiosa, y aún asumir una posición de ministro del evangelio; y que, sin haber comprendido nunca el camino de la vida, sea llevado "por doquiera de todo viento de doctrina", y, aunque sincero, poseyendo un vasto conocimiento humano, sea en su ceguera solamente un ministro del diablo (2Co 11:13-15).

La vasta diferencia en la apreciación del evangelio que existe entre personas de igual capacidad mental no puede ser explicada sobre la base del temperamento o entrenamiento. De otra manera las diferentes actitudes serían más o menos permanentes, cuando en realidad la actitud de indiferencia es frecuentemente cambiada en un fuego radiante. Los inconversos no pesan la evidencia del testimonio y los hechos tan acertadamente en lo referente a la salvación como lo hacen en cualquier otra esfera de investigación. Al tratar asuntos entre hombres en lo secular, el testimonio jurado de dos testigos de confianza requiere una conclusión correspondiente. Aún así el hecho evidente de la regeneración y el testimonio voluntario de las multitudes, "habiendo yo sido ciego, ahora veo", produce poca reacción en otros que aún están en su ceguera.

Hay una realidad en la ceguera satánica. Pero, ¡bendito sea Dios, hay una realidad en la iluminación divina!

Hay que destacar que, aparte del poder de Dios, las decisiones superficiales pueden conseguirse fácilmente y aparentemente con grandes resultados. Esto se debe a la mentalidad de aquellos que dependen tanto de las opiniones de otros, que la piadosa y dominante invitación del evangelista es suficiente para moverlos a seguir casi cualquier plan que parezca ser necesario. Puede ser que sean compelidos a actuar bajo la visión de la manera de vida que el predicador practica, cuando ellos mismos no han recibido la suficiente visión.

La experiencia de miles de iglesias ha probado que tales decisiones no han llevado las condiciones de gracia de "creer de todo corazón". Porque la multitud de los convertidos anunciados, frecuentemente han fallado, y estas congregaciones han tenido que enfrentar el problema de tratar con una clase de personas desinteresadas que no poseen ningún nuevo poder ni las bendiciones de la verdadera vida regenerada.

Es posible repetir reverentemente las frases más piadosas y asumir actitudes devocionales pero aún así no tener la vida interior transformada. Todos esos ejercicios producen resultados

aparentes, pero carecen de valor en la verdadera salvación. El Espíritu no ha obrado en esa manera con el fin de que la expresión de tales frases se convierta en la más grande crisis de la vida interior, y el único alivio adecuado para el estado de impotencia, así como la sed abrasante por el agua de la vida.

Algunas decisiones genuinas pueden ocurrir entre las muchas, y estas siempre han justificado el método de evangelizar al por mayor. Sin embargo, existe un grave daño hecho a quienes son superficialmente afectados, y este daño puede algunas veces sobrepasar el bien que es hecho. En respuesta a esto, se argumenta que nada puede sobrepasar el valor de una alma salvada; pero cuando el daño de una falsa decisión es analizado, se verá que la condición posterior de confusión y desaliento que resulta en una actitud que es casi inaccesible y sin esperanza, tiene también sus inmensos resultados.

El evangelio probará ser siempre, en esta edad, un "olor de muerte para muerte" como también de "vida para vida"; porque algunos, aun en quienes el Espíritu ha obrado en convicción, rechazarán la salvación. El evangelio de las Escrituras no espera que las almas han de ser precipitadas a irrealidades y ser desviadas en su ceguera. En el ministerio del Espíritu quien vino a convencer al mundo de pecado, de justicia y de juicio, Dios ha provisto fielmente la preparación todo-suficiente para una decisión completa e inteligente.

Por lo tanto, el depositar confianza salvadora en el Señor Jesucristo es un acto tan definido que esa experiencia tiene que ser permanente. La certeza que este paso ha sido tomado ha de permanecer naturalmente. Está bien que dudemos de nuestra propia salvación cuando no tenemos plena seguridad en este punto. "Yo sé a quien he creído" es el testimonio normal de toda persona liberada. Tal confianza permanece. Es la convicción que es Jesucristo solamente en quien se depende como la respuesta delante de Dios para cada problema del alma maldita por el pecado. Esta firme confianza puede formarse en el corazón solamente a través de la obra iluminadora, regeneradora y habitadora del Espíritu Santo.

Los ejemplos de ganar almas en el Nuevo Testamento presentan un contraste visible al compararlos con el evangelismo moderno. Hasta donde el testimonio divino muestra, parece haber muy poco forzamiento o halagos en las personas, y se manifiesta que primeramente éstas experimentaron una necesidad divinamente producida. Pedro, en el día de Pentecostés, dirigió hacia el camino de vida a aquellos que "se compungieron de corazón, y dijeron a Pedro y los otros apóstoles: Varones hermanos ¿qué haremos?" De igual manera, no hay evidencia que Pablo y Silas rogaron al carcelero de Filipos que se hiciese cristiano antes de que él tuviese el deseo de hacerlo. Después que un gran cambio en su actitud tuvo lugar, cambio que le obligó a caer temblando y preguntar: "Señores, ¿qué debo hacer para ser salvo?", Entonces Pablo y Silas personalmente le dijeron: "cree en el Señor Jesucristo". Pedro no mandó a buscar a Cornelio: Cornelio envió a buscar a Pedro. Y Saulo fue enviado a la luz casi sin ninguna ayuda o dirección humana.

Al ver ésta importante preparación para la salvación, es claro que todo evangelismo en el ministerio público o en la obra personal, que no espera los movimientos del Espíritu Santo en los corazones de los inconversos, está alejado de la verdadera cooperación con Dios. Está en peligro de servir de obstáculo a las almas.

Esperar en Dios y por Dios como es necesario para una verdadera cooperación con el Espíritu, aunque pueda reducir el número de supuestos convertidos, conducirá a la iglesia a apartarse de la dependencia en períodos espasmódicos de preocupación por los perdidos, a una verdadera y más constante actitud por producir frutos.

Las Escrituras nos proporcionan ejemplos de verdadero evangelismo, cuyos resultados fueron reportados hace siglos cuando fue dicho: "Y el Señor añadía cada día a la iglesia los que habían de ser salvos" (Hch 2:47). Esta bendita condición resultará siempre y cuando los creyentes dependan *del Señor* a que añada a la Iglesia y que ellos continúen perseverando "en la doctrina de los apóstoles, en la comunión unos con otros, en el partimiento del pan y en las oraciones" (Hch 2:42).

CAPÍTULO IV

LA ORACIÓN INTERCESORA

En este esfuerzo de considerar los aspectos sucesivos de los movimientos del "poder de Dios para salvación", ya hemos visto que el evangelismo verdadero tiene que enfrentar la tarea humanamente imposible de levantar el velo satánico que descansa sobre la mente de todos los inconversos específicamente en lo referente al "evangelio". Esta ceguera ha sido impuesta específicamente sobre ese punto, por la razón suficiente que "el evangelio" es la revelación de la única puerta de escape para el hombre pecador del poder de Satanás a Dios. Tanto las "buenas nuevas" de la obra terminada en la cruz como la gloria del Cristo viviente en su presente posición como intercesor y abogado, han sido oscurecidas. Por otra parte, hemos visto que hay una iluminación divinamente provista por el Espíritu que hace que las mismas "buenas nuevas" de la obra terminada y la gloria presente de Cristo se conviertan en realidad para el que ha andado en tinieblas.

Es necesario y razonable que el Espíritu Santo quite el velo que cubre el evangelio. Porque las condiciones de la fe salvadora son nada menos que un depósito de toda la confianza en el poder de Cristo. Aunque pueden obtenerse decisiones superficiales a través de una simple influencia y poder humano, no habrá un completo descanso de fe hasta que el camino es esclarecido por la iluminación del Espíritu.

Es cierto que nadie puede conocer al Padre, sino el Hijo, y aquel a quien el Hijo lo quiera revelar (Mt 11:27-28). Esta es la base de todo compañerismo con Dios. También es verdad que ningún inconverso puede venir a Jesucristo como su Salvador si el Padre no le trajere (Jn 6:44). Nuevamente, "escrito está en los profetas: y serán todos enseñados por Dios. Así que, todo aquel que oyó al Padre, y aprendió de él, viene a mí" (Jn 6:45).

En vista de la abrumadora ausencia de preocupación personal de parte de la multitud de inconversos, a pesar de la exhortación y la fiel predicación, todo serio ganador de almas, tarde o temprano se preguntará: "¿Qué es lo que impide que el Espíritu realice su obra de convencer al mundo de pecado, de justicia y de juicio?" La respuesta a esta cuestión central en el evangelismo moderno se encuentra en el asunto que constituye el próximo paso en los aspectos sucesivos del poder de Dios para salvación, siendo considerados aquí en su orden inverso. Este asunto es la oración intercesora.

Hay solamente tres posibles maneras en que el creyente puede cumplir la parte humana señalada por Dios para buscar a los perdidos. Estas son: la oración, el esfuerzo o la influencia personal, y el ofrendar. La oración y el ofrendar poseen alcance universal, mientras que la influencia personal está limitada a la localidad y la oportunidad del individuo. No puede haber dudas en cuanto al valor relativo de estas diferentes líneas de servicio, porque el ministerio de la oración está constantemente abierto para cada creyente, y solamente está limitada en sus posibilidades por la débil fe del hombre. Hay mucho en el Nuevo Testamento que enfatiza la importancia de predicar la palabra de Dios como un medio para la salvación; pero es evidente que tiene que haber más que la declaración humana de la verdad. El Espíritu tiene que empuñar

su espada poderosa y esa obra del Espíritu parece estar, en gran manera, sujeta a la oración de fe. Un cristiano, como ha sido señalado anteriormente, desde el momento de su salvación es constituido en un real sacerdote para Dios. El significado y el alcance de su posición pueden comprenderse mejor comparándolo con el sacerdocio Aarónico bajo la Ley, porque éste es evidentemente un tipo, o una sombra en algunos particulares, del sacerdocio real bajo la gracia.

Que existe un sacerdocio real bajo la gracia es revelado en los siguientes pasajes: "Mas vosotros sois linaje escogido, real sacerdocio, nación santa, pueblo adquirido por Dios, para que anunciéis las virtudes de aquel que os llamó de las tinieblas a su luz admirable" (1P 2:9). "Vosotros también, como piedras vivas, sed edificados como casa espiritual y sacerdocio santo, para ofrecer sacrificios espirituales aceptables a Dios por medio de Jesucristo" (1P 2:5). "Y nos hizo reyes y sacerdotes para Dios, su Padre; a él sea gloria e imperio por los siglos de los siglos. Amén" (Ap 1:6). "De igual manera el Espíritu nos ayuda en nuestra debilidad; pues qué hemos de pedir como conviene, no lo sabemos, pero el Espíritu mismo intercede por nosotros con gemidos indecibles. Mas el que escudriña los corazones sabe cuál es la intención del Espíritu, porque conforme a la voluntad de Dios intercede por los santos" (Ro 8:26-27).

La verdad esencial respecto al sacerdocio bajo la gracia es sugerida en estos pasajes. Aquí el sacerdocio se revela compuesto de miembros del cuerpo de Cristo, que es su iglesia. Un "linaje escogido" habla de la posición de los creyentes por el nuevo nacimiento. Un "real sacerdocio" y "reyes y sacerdotes" hablan del oficio de ellos. Una "nación santa" y un "sacerdocio santo" sugieren el limpiamiento necesario. Y un "pueblo adquirido por Dios" habla del carácter celestial de ellos, distinguiéndolos de la gente del mundo. También así, "piedras vivas" habla de la responsabilidad individual y servicio de ellos. "Ofrecer sacrificios espirituales" y la intercesión por el Espíritu hablan del ministerio de los creyentes. Las palabras "aceptables a Dios por medio de Jesucristo" se refieren al velo roto, el acceso a Dios, y la "libertad para entrar en el Lugar Santísimo por la sangre de Jesucristo, por el camino nuevo y vivo que él nos abrió a través del velo, esto es, de su carne" (He 10:19-20).

Volviendo a estas importantes enseñanzas, considerémoslas en el mismo orden, y con más detalles.

I. Un "Linaje Escogido"

Como el sacerdote Aarónico bajo la ley, el sacerdote del Nuevo Testamento es nacido en su posición. Es constituido sacerdote para Dios como parte de la salvación que es en Cristo Jesús. Su posición y sus privilegios, por lo tanto, comienzan con su nuevo nacimiento dentro de la naturaleza y la familia de Dios. Es muy importante enfatizar la verdad que cada creyente *es* sacerdote para Dios, aunque nunca ejercite inteligentemente su glorioso privilegio. La completa realización de éste, en lo que concierne a la oración, es una de las más grandes necesidades hoy entre los creyentes. Es más que una creencia en la eficacia general de la intercesión. Es poder decir, "Yo creo que Dios hará sus más grandes obras únicamente en respuesta a mi oración".

II. Un "Sacerdocio Real" y "Reyes y Sacerdotes"

El sacerdocio del Nuevo Testamento es un oficio. Está en contraste con los dones del creyente para el servicio. Las cosas que constituyen el ministerio del sacerdote son el privilegio y

la responsabilidad de todos los creyentes por igual; mientras que los dones para el servicio son derramados por el Espíritu "como él quiere" (Ro 12:3-8; 1Co 12:4-11). No todos tienen el mismo don para el servicio; pero todos tienen el privilegio de servir en el oficio sacerdotal. No todos tienen el don de enseñar o de exhortar; pero todos tienen acceso a Dios en oración.

III. Una "Nación Santa" y un "Sacerdocio Santo"

La importancia del limpiamiento para el ejercicio del oficio sacerdotal bajo la gracia se señala en las palabras "un sacerdocio santo". Es visto y prefigurado tanto en las demandas del lavamiento y la purificación del sacerdote del Antiguo Testamento como en el hecho de que el ministerio del sacerdote del Nuevo Testamento está también en el Lugar Santísimo, y es dirigido a Dios. En ese lugar santo la más pequeña mancha de pecado o inmundicia no puede ser permitida, aunque cierto grado de incapacidad puede no ser obstáculo al ejercicio de los dones cuando el servicio es solamente a los hombres.

IV. Un "Pueblo Adquirido"

No hay mayor evidencia de la gran transformación que es obrada por la salvación que la verdad del privilegio otorgado al cristiano de poder entrar al Lugar Santísimo donde Cristo ya ha entrado y que desde allí él está intercediendo por los suyos que están en el mundo. Solamente aquellos que han participado de la naturaleza divina a través de la regeneración y que, por gracia, han venido a ser celestiales en ser y en destino pueden ser de esa manera favorecidos.

V. "Piedras Vivas"

Así como el ministerio de los dones en la iglesia es individual, aún el evangelismo mundial es dado a cada creyente y no a la iglesia como un organismo. Así también no hay servicio presente para los sacerdotes del Nuevo Testamento como un todo, sino que sus servicios al igual que el limpiamiento y la preparación de ellos son algo individual.

VI. "Ofrecer Sacrificios Espirituales" y la "Intercesión A través del Espíritu"

El sacerdote del Antiguo Testamento se santificaba y limpiaba para ofrecer sacrificios y entrar al "Lugar Santísimo" para interceder por otros. De la misma manera, el sacerdote del Nuevo Testamento es designado para ofrecer sacrificios en tres aspectos: (a) Por su propio cuerpo: "Así que, hermanos, os ruego por las misericordias de Dios, que presentéis vuestros cuerpos en sacrificio vivo, santo, agradable a Dios, que es vuestro culto racional" (Ro 12:1. Véase también Fil 2:17; 2Ti 4:6). (b) Su adoración: "Así que, ofrezcamos siempre a Dios, por medio de él, sacrificio de alabanza, es decir, fruto de labios que confiesen su nombre" (He 13:15). (c) Su sustancia: "Y de hacer bien y de la ayuda mutua no os olvidéis; porque de tales sacrificios se agrada Dios" (He 13:16); "Pero todo lo he recibido, y tengo abundancia; estoy lleno, habiendo recibido de Epafrodito lo que enviasteis; olor fragante, sacrificio acepto, agradable a Dios" (Fil 4:18). Estos sacrificios espirituales los podemos ofrecer a Dios ahora.

El hijo de Dios es también un intercesor, lo cual, como la palabra implica, es diferente a un suplicante quien puede solamente orar por sí mismo. El intercesor lleva la carga y la

necesidad de otros delante de Dios, y aboga por ellos. Ninguna sabiduría humana es suficiente para este ministerio en el Lugar Santísimo. Pues, "qué hemos de pedir como conviene, no lo sabemos"; pero Dios se ha anticipado a nuestra inhabilidad y ha provisto al Espíritu energizador quien "intercede por nosotros" y esto "conforme a la voluntad de Dios" (Ro 8:26-27).

VII. "Aceptables a Dios por medio de Jesucristo"

¡Cuánto encierran estas palabras escudriñadoras, "acceptables a Dios"! ¡Pero qué perfecta es la preparación del creyente "por medio de Jesucristo"! Solamente alguna inmundicia sin limpiar, o algún pecado sin confesar puede impedir el ejercicio del oficio sacerdotal al más insignificante de los creyentes. "Por medio de Jesucristo" él ha sido hecho "acceptable a Dios", y solamente una impureza personal puede impedirle el ejercicio de esos preciosos privilegios en la presencia de Dios.

Todo evangelismo tiene que comenzar con oración. Y ningún servicio o invención humana puede ocupar el lugar de la intercesión de un sacerdote que está limpio, es "acceptable a Dios" y que está en el Lugar Santísimo "por medio de Jesucristo".

Mientras que el sacerdote-creyente puede interceder por sus co-miembros en el cuerpo de Cristo, también es el privilegio de ellos interceder por los perdidos. La respuesta a esa oración será la acción del Espíritu Santo para convencerlos de pecado, de justicia y de juicio.

La importancia de predicar y enseñar la verdad no es en ninguna manera empañada por este énfasis en la oración intercesora. Solamente tiene que tenerse en mente que la oración constante tiene que acompañar todo otro ministerio, porque ésta coopera con el poder de Dios. Ilumina la mente hacia la palabra de Dios que puede ser predicada. Sin la oración habrá muy poco entendimiento y visión del evangelio, aun cuando éste sea fielmente presentado.

La razón de la intercesión humana en el plan divino no ha sido completamente revelada. La oración es un eslabón necesario en la cadena que lleva la energía divina a las almas impotentes. Así que en la Biblia y en la experiencia ha sido revelado que Dios ha honrado al hombre con un lugar elevado de cooperación y participación con él en sus grandes proyectos de la transformación humana.

Entre las muchas promesas directas y positivas en las que la actividad del poder divino está condicionada a la fidelidad humana en la oración, solamente una será citada y considerada aquí.

En Juan 14:14 encontramos: "Si algo pidieréis en mi nombre, yo lo haré". (Vea también Lc 11:9; Jn 15:7; 16:23-24). En este pasaje tanto la tarea divina como la humana en el trabajo son claramente vistas; porque el simple bosquejo de este pasaje es, "si pidieréis, . . . yo lo haré". De esa manera Dios se reserva el emprendimiento y la realización de todo el objeto de la intercesión humana, y asigna al hombre el servicio de la oración. Esto es bastante razonable. Porque es evidente que la realización de cualquier transformación espiritual debe ser siempre hechura de Dios, ya que su consumación es posible solamente por su poder. Por lo que, aunque

el hombre no puede hacer la tarea importante, se le permite, a través de la intercesión, cooperar con Dios en su ejecución, y cumplir una parte necesaria en su programa divino.

Se dice que la oración es una causa. Es *debido* a la oración que Dios promete hacer. El se agrada en trabajar a través de la predicación; pero sus grandes empresas están condicionadas a la oración. La predicación efectiva es uno de los instrumentos necesarios en respuesta a la intercesión fiel. Romanos 10:13-14 dice que el inconverso no puede oír si no hay un predicador; pero es igualmente cierto que la predicación, para que sea efectiva, tiene que ser en la "demostración y el poder del Espíritu Santo".

Debe notarse que, bajo estas condiciones y relaciones escritas en Juan 14:14, toda oración verdadera no es solamente un reconocimiento de Dios como el único suficiente, sino que también demanda una actitud de completa expectación de él por parte del que suplica. Esto es esencial si han de existir relaciones normales entre Dios y el hombre. La respuesta a la oración, cuando la confianza no está completamente en el Señor no hará sino desviar la confianza del hombre y alimentar una falsa esperanza en su mente. Por lo tanto, es necesario que el individuo, por el bien de su propio entendimiento de Dios y la verdad, venga directamente a él, reconociendo su omnipotencia y mirándole como el único suficiente para hacer aquello por lo que él oró.

Nuevamente podemos ver en esta promesa que Dios, hasta cierto punto, ha tenido a bien condicionar su acción a la oración del creyente; porque la Escritura dice: "Si algo pidieris en mi nombre, yo lo haré". Este es el secreto de todo evangelismo verdadero.

Hay otra promesa que está relacionada directamente con la anterior: "Si alguno viere a su hermano cometer pecado que no sea de muerte, pedirá, y Dios le dará vida; esto es para los que cometen pecado que no sea de muerte. Hay pecado de muerte, por el cual yo no digo que se pida" (1Jn 5:16).

Es, entonces, la enseñanza de las Escrituras que la acción del gran poder de Dios al convencer e iluminar a los inconversos también depende, en gran manera, de la intercesión sacerdotal del creyente. Esto es un hecho claro en la experiencia como lo revela la historia. Dondequiera que la oración de fe ha sido ofrecida con esperanza en Dios solamente, siempre ha habido evidencia del poder de Dios para salvación, de acuerdo con el pacto de sus promesas. Estos períodos de refrigerio han sido llamados "avivamientos". La bendición inmediata que resulta cuando los creyentes se ajustan al programa de Dios es natural. Pero el regreso cierto a una actitud de indiferencia, por la parte humana, ha hecho que ese breve tiempo de bendiciones parezca ser una visitación especial del cielo cuando se piensa que Dios ha estado "con el deseo de dar". Hubiese sido imposible en tal caso, que los servicios adicionales y los métodos continuasen. Pero las bendiciones no estaban en ninguna manera condicionadas a los servicios o a los métodos. La oración intercesora, la verdadera base de las bendiciones, pudo y debió haber continuado. Los maravillosos, y poco experimentados, movimientos del Espíritu Santo sobre los inconversos están a las órdenes del más insignificante hijos de Dios, si éste está limpio. Porque él es un sacerdote para Dios, y el Nuevo Testamento no señala ningún límite de tiempos o sazones para su intercesión.

¡Qué poco comprenden los cristianos de hoy la verdad tan estupenda de este poder individual en la oración! La presente negligencia para entrar en el Lugar Santo y abogar según el señalamiento de Dios es razón suficiente para explicar la falta de convicción del Espíritu Santo y de conversiones en la iglesia.

La negligencia e ignorancia de los hechos relacionados con los privilegios del cristiano en la oración, cuando estos son tan claramente expresados en las Escrituras, sólo se pueden explicar a la luz de la revelada oposición satánica contra el propósito de Dios. La oración intercesora es un punto estratégico para el ataque de este poderoso enemigo, entre tanto que los poderosos movimientos del Espíritu para salvación están esperando, al presente, esta cooperación humana.

Si hay excepciones en la historia de reuniones donde han habido lo que parece ser derramamientos del Espíritu sin oración, en ninguna manera puede probarse que no se ofrecieron oraciones. En todo caso en que el Espíritu parece descender sobre la iglesia con poder soberano, ha habido o una terrible apatía espiritual en la iglesia o se ha necesitado un nuevo énfasis de alguna verdad del evangelismo que había sido abandonada. Tales tiempos o sazones han sido tan raros en la historia eclesiástica que pueden considerarse solamente como excepciones, y no deben ser usados en ninguna manera para calificar el plan revelado de Dios que ha bendecido a través de los años.

No solamente son los resultados incontables del poder salvador de Dios obstaculizados, sino que el creyente ha sufrido una pérdida sin medida en su posible recompensa, cuando por alguna razón la oración intercesora ha cesado. La oración presenta la más grande oportunidad para ganar almas, y hay una preciosa recompensa prometida a aquellos que traen almas a Cristo, y son hallados sufriendo con él en su preocupación por los perdidos.

Por consiguiente, el elemento personal en el verdadero trabajo de ganar almas es mayormente un servicio de rogar *por* las almas que un servicio de rogar *con* las almas. Es el hablar con Dios acerca de los hombres, teniendo un corazón limpio y lleno del poder del Espíritu, en lugar de hablar a los hombres acerca de Dios. Pero que nadie concluya que tal oración intercesora no es un servicio que demanda tiempo y vitalidad. Si se entra en él fielmente, este ministerio, como se ha señalado, resultará en una oportunidad de dirigir a individuos movidos por el Espíritu a las fieles provisiones y promesas de Dios.

CAPÍTULO V

SUFRIENDO CON CRISTO

No debe concluirse de lo dicho anteriormente que no hay otro servicio humano señalado por Dios en beneficio de los perdidos que la oración intercesora. Sin embargo, es verdad que esto es el primero y más importante de los servicios. Como hemos visto, el orden divino es hablar a Dios acerca de los hombres hasta que la puerta esté definitivamente abierta para hablar a los hombres acerca de Dios. Cualquier servicio que el Señor designe después que uno ha orado fielmente será maravillosamente bendecido por él. Pero imponerse a personas extrañas, sin ser positivamente guiado para hacer tal cosa, o tratar con gente obstinada que no esté preparada, es exhibir un celo sin conocimiento, y esto está lleno de peligro para las almas inmortales. A menudo tal intrepidez es exigida y alabada como una alta forma de servicio cristiano. Sin embargo, ningún hijo de Dios lleno del Espíritu puede adelantarse a los movimientos de su Señor sin experimentar un profundo sentido de protesta por parte del Espíritu que habita en él. No es del todo debido a la timidez personal que los verdaderos cristianos frecuentemente encuentran difícil hablar a los inconversos de su necesidad espiritual. Puede haber un impedimento en tal servicio; porque si ellos no están preparados por el Espíritu Santo, cualquier esfuerzo por producir una decisión puede constituir una violación del plan divino.

Si pudiéramos dedicar aquí algún espacio ilustrando la necesidad de esperar en Dios como el primer esfuerzo que debe hacerse para la salvación de alguna persona, sería discernir que la preparación de un alma puede requerir de muchos años, o esta misma preparación puede realizarse en otra persona en algunas horas. Pero rara vez es ventajoso apurar la decisión hasta que alguna evidencia sea dada de que el Espíritu está guiando hacia tal apelación. El esperar tranquilamente de esa manera será siempre recompensado. Porque, como en los días de los Hechos de los Apóstoles, regularmente habrá alguna clara indicación por parte de la persona iluminada que el corazón está preparado, aunque sea solamente una mirada o una acción. Tal evidencia será una seguridad suficiente de que el camino está abierto para que la palabra apropiada dirija ese corazón a aceptar a Cristo. No será necesario adular ni rogar porque el alma estará sedienta del Agua de Vida. El hijo de Dios, guiado por el Espíritu, debe de estar tan listo para esperar como para ir, tan preparado para callar como para hablar.

El precioso servicio de guiar a la persona iluminada a una decisión es frecuentemente asignado a aquel que primeramente ha sufrido por ella en intercesión. Ese es el verdadero lugar del llamado "trabajo personal" y no puede decirse demasiado acerca del valor de la cuidadosa preparación e instrucción de cada creyente para este servicio en particular. Pues hay necesidad de gran claridad y destreza en explicar con exactitud los términos del evangelio a aquel sobre quien el Espíritu se está moviendo en convicción e iluminación.

El plan de salvación debe ser claramente comprendido en su totalidad, y los versículos y pasajes apropiados deben tenerse frescos en la mente, para contrarrestar la confusión que Satanás produce en quienes el Espíritu está obrando. También es necesario un claro entendimiento de las grandes diferencias entre el salvo y el no salvo, y el plan total de Dios al tratar con uno y otro. El hijo de Dios que por largo tiempo ha estado "andando en tinieblas" frecuentemente aparecerá como un alma no regenerada. Aun así el Espíritu obra con él como tal, y su regreso al

compañerismo con Dios tiene que ser únicamente por medio de la confesión y no a través de una antibíblica segunda conversión. Sobre todo, el obrero personal tiene que depender completamente de la dirección del Espíritu Santo. El debe estar tan preparado para hacer lo extraordinario como lo ordinario. Si él está verdaderamente preparado para el servicio, su oído estará abierto para escuchar la voz de Dios concerniente a toda persona que él tenga la oportunidad de conocer, pero nunca tratará de obtener una decisión sin su dirección. Con la gran comisión de predicar el evangelio a toda criatura, puede asumirse que Dios quiere que hablemos a todo el mundo, con todo fervor, a menos que el Espíritu nos guíe de otra manera. Hay una diferencia importante que considerar entre presentar las buenas nuevas de la gracia salvadora a un grupo, y el demandar una decisión inmediata de un individuo. Una decisión personal debe procurarse solamente cuando el Espíritu Santo le esté guiando a ésta.

Todo verdadero servicio a Dios es el ministerio del Espíritu Santo a través del creyente (Ro 12:3-8; 1Co 12:4-31), y, por lo tanto, es en vano formar reglas rígidas para hacerlo. Dios ha de guiar una vida rendida para ejecutar lo que él ha señalado en su gracia y poder soberano. El Espíritu Santo producirá la compasión por las almas perdidas en el corazón, y esto hallará expresión y descanso en la intercesión. Por lo que, él contestará la oración por medio de algún ministerio de la palabra, con poder convencedor y convertidor para la gloria de Cristo.

La carga de un corazón inquieto y sin paz debido a la condición perdida de algún individuo es la forma más elevada del sufrimiento humano, y la Biblia hace referencia a éste varias veces. Esta carga por los perdidos es vista, no solamente formando parte del dolor humano, sino también siendo la experiencia normal en la vida de toda persona salvada. Que no es una experiencia común entre los cristianos de hoy se puede explicar solamente por que hay condiciones anormales en la vida de muchos cristianos. La realidad del sufrimiento humano y su lugar en la vida del cristiano es una parte tan vital del verdadero evangelismo, y ocupa un lugar tan prominente en el Nuevo Testamento, que debe ser considerado con amplitud suficiente para ver los diferentes aspectos que éste encierra.

El creyente puede sufrir *por* Cristo. Esto puede implicar sacrificio involuntario de la pérdida de amigos, propiedad, reputación, o salud, y el sacrificio voluntario de la separación de seres amados, de no recibir regalos, de experimentar humillación y hacer fiel servicio, aun hasta la muerte. En Filipenses 1:29 está escrito que esos sufrimientos constituyen un don dado al creyente: "Porque a vosotros os es concedido a causa de Cristo, no sólo que creáis en él, sino también que padezcáis por él". A nosotros nos es dado el separarnos de seres amados en el ministerio del evangelio, el volvernos pobres para que otros sean enriquecidos, el sufrir separación o privación como sacrificio por Cristo.

Esa forma de sufrimiento fue experimentada por el Señor de la gloria, y a los que están atravesando por estas aflicciones les es dicho: "Las aflicciones del tiempo presente no son comparables con la gloria venidera que en nosotros ha de manifestarse"; y también, "esta leve tribulación momentánea produce en nosotros un cada vez más excelente y eterno peso de gloria" (Ro 8:18; 2Co 4:17).

Los sufrimientos del hijo de Dios, según las Escrituras, significan primordialmente sufriendo *con* Cristo. Esto es corroborado por varios pasajes (Ro 8:17; Fil 2:5-9; Col 1:24; 2Ti 2:12; 1P 4:13). La palabra importante usada en relación con el creyente y el sufrimiento es "con"

y enfatiza la distinción necesaria de que gran parte del sufrimiento que hay en el mundo no tiene relación con el compañerismo con Cristo. Por otra parte, esta palabra sugiere una unión vital y una divina coparticipación entre el creyente que sufre y su Señor sufriente.

Al sufrir *con* Cristo el cristiano aguanta los reproches por parte del hombre, o experimenta con su Señor una carga divinamente producida y una tristeza por los perdidos. Más allá de esto, es imposible para cualquier creyente entrar en el misterio de los sufrimientos de Cristo; porque lo que él padeció por parte de Dios al hacerse a sí mismo una ofrenda por el pecado no puede ser compartido con ningún otro, aunque uno pudiese desear un ministerio similar (véase Ro 9:1-3).

El sufrir *con* Cristo es una fase natural de la vida y la experiencia cristiana. El creyente habita en territorio enemigo y ha sido llamado a testificar contra el pecado, y ha sido enviado a trabajar para que las almas sean salvadas de la maldad y las tinieblas. "Si el mundo os aborrece, sabed que a mí me ha aborrecido antes que a vosotros. Si fuerais del mundo, el mundo amaría lo suyo; pero porque no sois del mundo, antes yo os elegí del mundo, por eso el mundo os aborrece" (Jn 15:18-19). A aquellos que no creían en él, les dijo: "No puede el mundo aborreceros a vosotros; mas a mí me aborrece, porque yo testifico de él, que sus obras son malas" (Jn 7:7). "Bástale al discípulo ser como su maestro, y al siervo como su señor. Si al padre de familia llamaron Beelzebú, ¿cuánto más a los de su casa?" (Mt 10:25). "Como tú me enviaste al mundo, así yo los he enviado al mundo" (Jn 17:18). "Amados, no os sorprendáis del fuego de prueba que os ha sobrevenido, como si alguna cosa extraña os aconteciese, sino gozaos por cuanto sois participantes de los padecimientos de Cristo, para que también en la revelación de su gloria os gocéis con gran alegría" (1P 4:12-13).

Así también, como vemos en estos pasajes, el sufrir con Cristo aquí es la única vía posible para la recompensa de ser glorificado juntamente con él allá. Esto no es la salvación, porque la salvación no puede ganarse por ningún grado de sufrimiento humano. Es, sin embargo, aquello por lo cual la gloriosa corona y la recompensa les será dada a aquellos que son fieles en su coparticipación con Cristo. Esa verdad es enfatizada en el pasaje siguiente: "Haya, pues, en vosotros este sentir que hubo también en Cristo Jesús, el cual, siendo en forma de Dios, no estimó el ser igual a Dios como cosa a que aferrarse, sino que se despojó a sí mismo, tomando forma de siervo, hecho semejante a los hombres; y estando en la condición de hombre, se humilló a sí mismo, haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte de cruz. Por lo cual Dios también le exaltó hasta lo sumo, y le dio un nombre que es sobre todo nombre, para que en el nombre de Jesús se doble toda rodilla de los que están en los cielos, y en la tierra, y debajo de la tierra; y toda lengua confiese que Jesucristo es el Señor, para gloria de Dios Padre" (Fil 2:5-11).

Aquí se deduce que el creyente debe permitir que la mente de Cristo sea reproducida en él por el poder de Dios (Fil 2:13), y esos siete pasos sucesivos en la vida de Cristo, desde su lugar en la gloria hasta la muerte de malhechor en la cruz, son expuestos en este pasaje para que esos pasos sean recibidos en la vida del cristiano, quien debe ser "como su Señor" aun en este mundo. También se concluye en este pasaje que, a través de esa relación con Jesús en el sufrimiento, ha de haber una identidad con él en su gloria. "El Espíritu mismo da testimonio a nuestro espíritu de que somos hijos de Dios. Y si hijos, también herederos; herederos de Dios y coherederos con Cristo, si es que padecemos juntamente con él, para que juntamente con él seamos glorificados. Pues tengo por cierto que las aflicciones del tiempo presente no son

comparables con la gloria venidera que en nosotros ha de manifestarse" (Ro 8:16-18). "Palabra fiel es esta: si somos muertos con él, también viviremos con él; si sufrimos, también reinaremos con él; si le negáremos, él también nos negará" (2Ti 2:11-12). El Señor comunicó a Pablo a través del discípulo Ananías que su ministerio sería uno de sufrimientos.

El Señor dijo a Ananías: "Ve, porque instrumento escogido me es éste, para llevar mi nombre en presencia de los gentiles, y de reyes, y de los hijos de Israel; porque yo le mostraré cuánto le es necesario padecer por mi nombre" (Hch 9:15-16).

Concluimos que, aunque todo el misterio de los sufrimientos no es explicado, y probablemente no puede ser explicado, éstos son una parte esencial en la vida del cristiano y en la unión con Cristo en este mundo, y en la identificación con él en su gloria.

Del sufrimiento que proviene del hombre y se debe a la relación y la lealtad del creyente hacia Cristo, se dice: "Amados, no os sorprendáis del fuego de prueba que os ha sobrevenido, como si alguna cosa extraña os aconteciese, sino gozaos por cuanto sois participantes de los padecimientos de Cristo, para que también en la revelación de su gloria os gocéis con gran alegría. Si sois vituperados por el nombre de Cristo, sois bienaventurados, porque el glorioso Espíritu de Dios reposa sobre vosotros. Ciertamente de parte de ellos, él es blasfemado, pero por vosotros es glorificado. Así que, ninguno de vosotros padezca como homicida, o ladrón, o malhechor, o por entremeterse en lo ajeno; pero si alguno padece como cristiano, no se avergüence, sino glorifique a Dios por ello" (1P 4:12-16).

Es, sin embargo, el sufrimiento compasivo el que entra más directamente en los movimientos del poder de Dios en el evangelismo. Tal y como el rostro de una madre puede reflejar más dolor que el rostro del hijo que sufre, así también hay un campo ilimitado de posible sufrimiento en simpatía y compasión por otro. Este tan elevado y profundo sufrimiento es nacido de dos fuentes, es a saber, amor y estimación. El animal puede amar a su prole, pero no puede apreciar sus sufrimientos; aunque el salvaje puede apreciar el dolor, le importa poco aquel que sufre. A aquel que conoce y siente le es revelado parte del misterio de sufrir en compasión.

Cuando los sufrimientos de Cristo son contemplados a la luz de esta simple verdad, se verá que detrás de la muerte de Cristo está, por parte de Dios, primeramente la infinita sabiduría, visión y poder para apreciar. El comprendió el pecado del hombre, su eterna ruina, y la necesaria expulsión de su presencia. Y en segundo lugar, él amó al mundo de seres humanos lo suficiente para actuar poderosamente en su favor. Ese amor de Dios hacia el mundo es la razón de su esfuerzo por la humanidad. Que él evaluó correctamente la terrible necesidad de la humanidad fue el motivo de lo que él hizo. La medida de su compasión y amor no tiene límites; porque "llevó él mismo nuestros pecados en su cuerpo sobre el madero", revelando así la realidad de nuestros pecados como son vistos por el Dios infinito. El se hizo propiciación por los pecados de todo el mundo.

No fue solamente el amor de Dios lo que fue revelado en la muerte de Cristo, sino su eterna sabiduría y deidad son vistas también por el acto particular que él hizo por la redención del hombre. En esa muerte también manifestó su estimación de la necesidad del hombre. Así es que la cruz es, en la mente y el corazón del Infinito, tanto un aviso de la condenación como una demostración de amor. No constituye ningún crédito al hombre finito que niega la voz del

Infinito, rechaza su declaración de la incapacidad humana, y malinterpreta el valor y la visión de la muerte de Cristo.

El motivo dominante que causó los sufrimientos de Cristo fue revelado en una de sus oraciones en la cruz. Si sus sufrimientos hubiesen sido solamente físicos, su oración pudo haber sido, "Padre, ellos me están haciendo sufrir físicamente". O si sus sufrimientos hubiesen sido su sacrificio personal solamente, él hubiese orado, "Padre, ellos me están quitando la vida". Pero en realidad él oró, "Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen". Y mientras que los sufrimientos de su cuerpo y el sacrificio de su vida constituyeron una ofrenda por el pecado "una vez para siempre", estos fueron producidos por la visión divina de la necesidad humana y su profunda compasión hacia una humanidad perdida y arruinada. Porque él no oró por sí mismo sino por ellos. En ese misterioso sufrimiento por el pecado del mundo ningún ser humano puede sufrir *con* Cristo. Ese sufrimiento fue final y completo. Solamente puede ser creído y apropiado por aquel que ha comprendido su propia participación en él.

Cuando un alma ha recibido la redención que es en Cristo y es salva, es entonces cuando tiene el privilegio de sufrir *con* Cristo en compasión por los perdidos. Es movida, en cierta medida, por la misma visión y amor, a través de la presencia y poder del Espíritu Santo.

Esto es ilustrado por el testimonio del apóstol Pablo en Romanos 9:1-3: "Verdad digo en Cristo, no miento, y mi conciencia me da testimonio en el Espíritu Santo, que tengo gran tristeza y continuo dolor en mi corazón. Porque deseara yo mismo ser anatema, separado de Cristo, por amor a mis hermanos, los que son mis parientes según la carne".

El contexto del pasaje citado dice mucho del poder y las bendiciones del Espíritu que habita en el cristiano. Sin embargo, en este pasaje él es visto elevando a Pablo a un punto de vista similar al que Cristo ocupó, cuando el Señor se hizo maldición para que los perdidos pudiesen ser salvos, y lo que experimentó cuando gritó, "Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?" Desde este punto de vista divina Pablo ansia, también, de manera inefable hacer algún sacrificio suficiente, aun una imposible y terrible separación de Cristo su Señor, si solamente sus hermanos, sus parientes en la carne, pudiesen ser salvos. Esa actitud de sufrimiento agonizante por la salvación de sus hermanos no era un elemento de la naturaleza humana de Saulo, quien antes se deleitaba en la condenación y ejecución de sus hermanos cuando encontraba que eran seguidores de Jesús. Ni tampoco se encuentra ese toque divino en ningún inconverso. Es el amor de Dios derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos ha sido dado, o en realidad, el mismo amor de Dios alcanzando a los perdidos a través del creyente. (Véanse también Jn 15:12-13; Gá 5:22). Esta experiencia de Pablo es posible en otros también. Por el Espíritu Santo, el creyente puede apreciar tanto el estado de perdición de los hombres como el experimentar una compasión divina por ellos.

El sufrir con Cristo, entonces, en su significado más profundo, es el llegar a experimentar, a través del Espíritu, una indescriptible agonía por aquellos que están fuera de Cristo, y desde esa visión y amor estar dispuestos a ofrecer un sacrificio personal o sufrir el dolor físico, si es necesario, para que ellos sean salvos. Esto es lo más parecido a la experiencia de "una cruz" que el cristiano puede sufrir. Porque él no puede hacer expiación, ni es el sacrificio humano necesario. Al ser abiertos sus ojos y cuando su corazón es hecho sensible a la necesidad

indecible de toda alma sin Cristo, él ha experimentado, hasta ese punto, la compasión divina "derramada en su corazón". Tal sufrimiento *con* Cristo es la herencia de toda alma regenerada.

Uno tiene solamente que recordar la agonía espiritual que ha acompañado el nacimiento de almas durante los tiempos históricos de muchas conversiones para comprender la realidad del sufrimiento con Cristo. Ese sufrimiento del creyente es la prueba segura de la identificación con él en su gloria. Así que, tan pronto estemos preparados para recibir este gran don de sufrir con Cristo, nos será dado en tal grado, y en tales tiempos en que podamos sobrellevarlo. ¡Qué lástima para aquellos cristianos quienes, por falta de adaptación a la mente y al propósito de Dios, nunca reciben ese privilegio!

Cuando las riquezas celestiales y las recompensas, con la bendición eterna de un alma que ha sido salvada son consideradas, ¡cuán grande es el precio que pagamos por nuestra indiferencia hacia los inconversos que nos rodean por todas partes! Si pudiésemos nosotros lanzar una mirada retrospectiva a esta vida con sus preciosas oportunidades, como será vista desde la gloria, no permitiríamos que nada nos desviase de ese ininterrumpido andar con Dios en el cual él desea impartir toda su propia pasión y amor a nuestros corazones y hacer que estemos prestos a tiempo y fuera de tiempo a ganar almas.

Hay un gran mundo de individuos perdidos rodeando a todo creyente, y si su corazón está en armonía con el Espíritu que habita en él, no podrá evitar en ocasiones el sufrir con Cristo en agonía del alma para que ellos sean salvos. Esa angustia del alma en el creyente puede encontrar su expresión solamente en "gemidos indecibles". En ese punto, el creyente es llevado al Lugar Santísimo, y no hallará descanso excepto en la oración sacerdotal de intercesión.

A través de tal intercesión el Espíritu ha prometido ir hacia delante y tratar con los inconversos, y por medio de su espada poderosa atacar la ceguera espiritual de sus ojos, y traerlos cara a cara a la salvación que es en Cristo Jesús.

Se observará que esta carga divina por los perdidos es una experiencia muy rara entre los creyentes de hoy. La solución a este problema se encuentra en el último paso que marca los movimientos del "poder de Dios para salvación". La dificultad se encuentra en la contaminación de los creyentes quienes son sacerdotes delante de Dios y quienes, debido a su ineptitud, no tienen y no pueden experimentar el amor de Dios por otros, ni triunfar con Dios en el Lugar Santo.

CAPÍTULO VI

LA LIMPIEZA DE LOS SACERDOTES

Las distintas condiciones por la respuesta a la oración, dependen de estar en armonía con la mente y la voluntad de Dios. "Si permanecéis en mí, y mis palabras permanecen en vosotros", es una condición. Demanda una relación con el Señor por parte del individuo, en la que la dirección de Dios es seguida y su voluntad escrita es conocida. Permanecer en Cristo significa guardar sus mandamientos (Jn 15:10), y estar en compañerismo estrecho con él. Tener su palabra habitando en nosotros significa ser enseñado en las Escrituras. A aquel que ha sido de esa manera traído a una completa armonía con el propósito divino, se le puede decir con toda certeza, "Pedid todo lo que queréis, y os será hecho". Por consiguiente, esta promesa de oración no es ilimitada, como se supone algunas veces, sino que es calificada por medio del requisito de un ajuste a la voluntad de Dios en la mente y el corazón del intercesor. Así, también, la repetida condición, "en mi nombre", solamente admite temas en la oración que se relacionan con glorificar a Cristo y con los proyectos de su obra no terminada en el mundo.

Otra condición en la oración se nota en Marcos 11:24: "Por tanto, os digo que todo lo que pidiereis orando, creed que lo recibiréis, y os vendrá". Esta no incluye todo asunto por el que se ore; porque sería imposible creer que Dios daría algo que fuese inconsistente con su propósito o su ser. Todas las peticiones caen en dos clases. Cuando no hay revelación de la voluntad de Dios, el que ora nunca pasará la barrera de las palabras calificadoras: "sea hecha tu voluntad, no la mía". Pero cuando existe la revelación de la voluntad de Dios, esa barrera desaparece, y el vacilar de la voluntad de Dios, cuando ésta es claramente descrita, no es sino dudar de la palabra.

La intercesión sacerdotal del creyente, la cual es un elemento necesario en el evangelismo verdadero, cae en la esfera de esta última fase de la oración. Esta es nada menos que los movimientos poderosos del "poder de Dios para salvación", ya que el Espíritu la invita. Es una gloriosa coparticipación humana con el divino Pastor en su solicitud y esfuerzo en buscar a los perdidos.

Toda posible pregunta en cuanto a la voluntad divina en la salvación, santificación y glorificación de los hombres ha sido, en forma total, contestada en la revelación del corazón de Dios a través del sacrificio de la cruz. Su eterno poder y deidad fueron manifestados en las cosas creadas: "Porque las cosas invisibles de él, su eterno poder y deidad, se hacen claramente visibles desde la creación del mundo, siendo entendidas por medio de las cosas hechas, de modo que no tienen excusa" (Ro 1:20). Su compasión y amor hacia la humanidad desvalida fueron revelados en la cruz de Cristo; como está escrito: "A Dios nadie le vio jamás; el unigénito Hijo, que está en el seno del Padre, él le ha dado a conocer" (Jn 1:18). "Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna" (Jn 3:16). "Porque esto es bueno y agradable delante de Dios nuestro Salvador, el cual quiere que todos los hombres sean salvos y vengan al conocimiento de la verdad" (1Ti 2:3-4). "Dios estaba en Cristo reconciliando consigo al mundo" (2Co 5:19).

En los pasajes anteriores leímos que todo el fundamento de la salvación ha sido completado, y que existe una revelación suficiente del propósito y la voluntad de Dios en la redención de todos los hombres por medio de Jesucristo. Por lo tanto, ya que sus promesas, con relación a la oración, aún permanecen en pie, es claro que todos los obstáculos a los movimientos del Señor en la salvación se deben a errores humanos. Puede ser que los creyentes no cumplan sus obligaciones en el lugar santo, o que los inconversos, al ser redargüidos, rechacen la visión. Al haber poca evidencia de alguna nueva visión recibida, o rechazada, por parte de los inconversos, la solución a la pregunta en cuanto al por qué no hay más poder salvador, debe buscarse en el aspecto del ministerio de intercesión.

Hemos visto que, aunque puede haber poca demanda para la purificación en el ejercicio de los dones, donde el servicio es solamente del hombre hacia el hombre, no puede haber entrada en el Lugar Santo sin antes ser lavado o limpiado de la contaminación que solamente Dios puede ver. Este limpiamiento ha sido tipificado por la fuente que estaba colocada a la entrada del "Lugar Santísimo" en el tabernáculo antiguo. La necesidad de la limpieza especial del sacerdote antes de acercarse a la presencia de Jehová era enfatizada por la pena de muerte si ésta era omitida. El pasaje en Éxodo 30:17-21 dice:

"Habló más Jehová a Moisés, diciendo: Harás también una fuente de bronce, con su base de bronce, para lavar; y la colocarás entre el tabernáculo de reunión y el altar, y pondrás en ella agua. Y de ella se lavarán Aarón y sus hijos las manos y los pies. Cuando entren en el tabernáculo de reunión, se lavarán con agua, para que no mueran; y cuando se acerquen al altar para ministrar, para quemar la ofrenda encendida para Jehová, se lavarán las manos y los pies, para que no mueran. Y lo tendrán por estatuto perpetuo él y su descendencia por sus generaciones".

La repetición de esta verdad se encuentra en varios pasajes del Nuevo Testamento en donde se explica el limpiamiento del sacerdote-creyente. En Juan 13:3-11, Jesús habla del primer tiempo de la salvación como un baño completo: "El que está lavado"; y, en contraste con esto, también señala su propio trabajo de remover la inmundicia que uno adquiere en contacto con el mundo. Esta limpieza del creyente es tipificada por medio del lavamiento de los pies. Esto es bastante ilustrativo, cuando se compara con el lavamiento completo de preparación del sacerdote Aarónico que era exigido cuando éste entraba en su oficio sacerdotal (Ex. 29:4) y el necesario y repetido lavamiento parcial antes de entrar cada vez en el Lugar Santo en el curso de su ministerio sacerdotal.

Juan 13:3-11, el pasaje que enseña el posible limpiamiento del sacerdote-creyente, dice lo siguiente: "Sabido Jesús que el Padre le había dado todas las cosas en las manos, y que había salido de Dios, y a Dios iba, se levantó de la cena, y se quitó su manto, y tomando una toalla, se la ciñó. Luego puso agua en un lebrillo, y comenzó a lavar los pies de los discípulos, y a enjuagarlos con la toalla con que estaba ceñido. Entonces vino a Simón Pedro; y Pedro le dijo: Señor, ¿tú me lavas los pies? Respondió Jesús y le dijo: Lo que yo hago, tú no lo comprendes ahora; mas lo entenderás después. Pedro le dijo: No me lavarás los pies jamás. Jesús le respondió: Si no te lavare, no tendrás parte conmigo. Le dijo Simón Pedro: Señor, no sólo mis pies, sino también las manos y la cabeza. Jesús le dijo: El que está lavado, no necesita sino lavarse los pies, pues está todo limpio; y vosotros limpios estáis aunque no todos. Porque sabía quién le iba a entregar; por eso dijo: No estáis limpios todos".

El Dr. C. I. Scofield escribió la siguiente nota en la Biblia Anotada: "Al fondo de este lenguaje figurado se halla la idea acerca de un noble oriental que regresa de los baños públicos a su casa. Sus pies podrían haber contraído impureza en el camino y necesitaban limpiarse, pero no su cuerpo. Así el creyente ha sido ya purificado, en cuanto a la ley, de todo pecado, 'una sola vez para siempre' (He 10:1-12); pero siempre necesita confesar los pecados de cada día al Padre, a fin de poder permanecer en comunión no interrumpida con él y con su Hijo Jesucristo (1Jn 1:1-10). La sangre de Cristo es la respuesta definitiva a todo lo que la ley podría decir respecto a la *culpabilidad* del creyente; pero éste necesita purificarse constantemente de la *contaminación* del pecado. (Véase 1 Juan 5:6). Típicamente, el orden de acercamiento a la presencia de Dios en el tabernáculo, era primero el altar del sacrificio, y después el lavacro de la purificación (Ex. 40:6-7). Véase también este orden en Éxodo 30:17-21. Cristo no puede tener comunión con un santo que está contaminado, pero sí puede y quiere limpiarle".

Veamos otros textos que señalan la limpieza del sacerdote del Nuevo Testamento: "Maridos, amad a vuestras mujeres, así como Cristo amó a la iglesia, y se entregó a sí mismo por ella, para santificarla, habiéndola purificado en el lavamiento del agua por la palabra, a fin de presentársela a sí mismo, una iglesia gloriosa, que no tuviese mancha ni arruga ni cosa semejante, sino que fuese santa y sin mancha" (Ef 5:25-27). "Si decimos que tenemos comunión con él, y andamos en tinieblas, mentimos, y no practicamos la verdad; pero si andamos en luz, como él está en luz, tenemos comunión unos con otros, y la sangre de Jesucristo su Hijo nos limpia de todo pecado. Si decimos que no tenemos pecado, nos engañamos a nosotros mismos, y la verdad no está en nosotros. Si confesamos nuestros pecados, él es fiel y justo para perdonar nuestros pecados, y limpiarnos de toda maldad" (1Jn 1:6-9). "Pero el fundamento de Dios está firme, teniendo este sello: Conoce el Señor a los que son suyos; y: Apártese de iniquidad todo aquel que invoca el nombre de Cristo. Pero en una casa grande, no solamente hay utensilios de oro y de plata, sino también de madera y de barro; y unos son para usos honrosos, y otros para usos viles. Así que, si alguno se limpia de estas cosas, será instrumento para honra, santificado, útil al Señor, y dispuesto para toda buena obra" (2Ti 2:19-21).

Anteriormente, el sacerdote Aarónico sufría la muerte instantánea si atentaba entrar en el Lugar Santísimo sin el lavamiento que era requerido por la ley. Aunque ese castigo no es vigente bajo la gracia, es evidente que no hay poder constante en la oración o efectividad en el ministerio entre tanto que el pecado y la contaminación no sean eliminados de la vida del creyente. Como el sacerdote del Antiguo Testamento fracasaba en su oficio al no estar preparado delante de la presencia de Dios, así también el sacerdote del Nuevo Testamento, por la misma causa, pierde mucho de su privilegio en el servicio y comunión con Cristo. Su ministerio sacerdotal de sacrificio, en el cual él presenta su cuerpo, su alabanza y su benevolencia, puede realizarse de manera externa, ya que él está bajo gracia; pero no puede ser efectivo cuando, a causa del pecado, es un ministerio que no es aceptable delante de Dios. De igual manera, su ministerio de intercesión sacerdotal no recibirá bendición alguna.

En esto, como en el ministerio del sacrificio, la pérdida es sin medida. No solamente son todos sus servicios a Dios y las bendiciones a los hombres obstaculizadas, sino que él mismo carece del gozo y la paz del compañerismo con Cristo. Por lo cual, es de gran importancia comprender que por su contaminación, no solamente su ministerio sacerdotal es privado, sino que también su propia comunión con el Señor se interrumpe.

"Si decimos que tenemos comunión con él, y andamos en tinieblas, mentimos, y no practicamos la verdad; pero si andamos en luz, como él está en luz, tenemos comunión unos con otros, y la sangre de Jesucristo su Hijo nos limpia de todo pecado" (1Jn 1:6-7). "Estas cosas [acerca de permanecer en Cristo] os he hablado, para que mi gozo esté en vosotros, y vuestro gozo sea cumplido" (Jn 15:11). ". . . De cierto, de cierto os digo, que todo cuanto pidieréis al Padre en mi nombre, os lo dará. Hasta ahora nada habéis pedido en mi nombre; pedid, y recibiréis, para que vuestro gozo sea cumplido " (Jn 16:23-24). "Pero ahora voy a ti; y hablo esto en el mundo, para que tengan mi gozo cumplido en sí mismos" (Jn 17:13). "Lo que hemos visto y oído, eso os anunciamos, para que también vosotros tengáis comunión con nosotros y nuestra comunión verdaderamente es con el Padre y con su Hijo Jesucristo. Estas cosas os escribimos, para que vuestro gozo sea cumplido " (1Jn 1:3-4).

Por lo tanto, se puede concluir que el pecado en el creyente obstruye todas las facetas del oficio sacerdotal, hace imposible el compañerismo con Cristo, y le roba el gozo personal y las bendiciones.

La limitación puesta sobre la oración de intercesión sacerdotal debido a algún pecado oculto es el único aspecto de esa verdad que está directamente relacionado con el evangelismo.

Los siguientes pasajes demuestran con certeza que el pecado obstruye directamente la oración victoriosa: "Si en mi corazón hubiese yo mirado a la iniquidad, el Señor no me habría escuchado" (Sal 66:18). "He aquí que no se ha acertado la mano de Jehová para salvar, ni se ha agravado su oído para oír; pero vuestras iniquidades han hecho división entre vosotros y vuestro Dios, y vuestros pecados han hecho ocultar de vosotros su rostro para no oír" (Is 59:1-2). "Por tanto, si traes tu ofrenda al altar, y allí te acuerdas que tu hermano tiene algo contra ti, deja allí tu ofrenda delante del altar, y anda, reconcíliate primero con tu hermano, y entonces ven y presenta tu ofrenda" (Mt 5:23-24). "Si permanecéis en mí, y mis palabras permanecen en vosotros, pedid todo lo que queréis, y os será hecho" (Jn 15:7). "Quiero, pues, que los hombres oren en todo lugar, levantando manos santas, sin ira ni contienda" (1Ti 2:8). "Codiciáis, y no tenéis; matáis y ardéis de envidia, y no podéis alcanzar; combatís y lucháis, pero no tenéis lo que deseáis, porque no pedís. Pedís, y no recibís porque pedís mal, para gastar en vuestros deleites" (Stg 4:2-3). "Confesaos vuestras ofensas unos a otros, y orad unos por otros, para que seáis sanados. La oración eficaz del justo puede mucho" (Stg 5:16). "Vosotros, maridos, igualmente, vivid con ellas sabiamente, dando honor a la mujer como vaso más frágil, y como a coherederas de la gracia de la vida, para que vuestras oraciones no tengan estorbo" (1P 3:7).

No hay un punto más estratégico para el ataque sutil de Satanás contra el plan y la obra de Dios en salvar a los hombres que el punto de la santificación; porque, si el limpiamiento puede ser estorbado, gran parte de la cooperación humana en el plan de Dios en "buscar a los perdidos" es interrumpido también. Esta influencia satánica se refleja primeramente en el hecho de que los cristianos, casi universalmente, ignoran la provisión divina por la cual ellos pueden ser libres de toda inmundicia; en segundo lugar, está la tendencia de la carne a resistir los requisitos necesarios de Dios, aun cuando estos son comprendidos.

La oferta explícita al inconverso del perdón de sus pecados tiene como condición que reciba a Cristo como Salvador personal, y hay también otra oferta igualmente explícita hecha al cristiano para el perdón de su pecado y contaminación. La condición es *confesar* sus pecados. "Si

confesamos nuestros pecados, él es fiel y justo para perdonar nuestros pecados, y limpiarnos de toda maldad" (1Jn 1:9). Este pasaje nunca es aplicable al inconverso.

La oferta de perdón para el inconverso y la oferta del creyente no deben ser nunca confundidas. Mientras ambas son hechas posibles por la sangre de Jesús, la cuestión del pecado en el inconverso es tratada como parte total del primer tiempo de la salvación, el cual no puede ser dividido, y es unido por Cristo al baño completo; mientras que la cuestión del pecado en el creyente es distinta, ya que ningún otro aspecto de la salvación es privado por su pecado. Por consiguiente, eliminar su contaminación es todo lo que se exige, y eso es relacionado por Cristo con el lavamiento de los pies de aquel que regresa de haberse dado un baño completo.

La parábola del hijo pródigo ilustra la manera en que un cristiano puede regresar al compañerismo y a la bendición de Dios. No hay evidencia de que él era menos hijo "en el país lejano" que lo que él era en su propia casa; ni tampoco de que él regresó a la casa de su padre en base de algún sacrificio o expiación: Está escrito que él regresó basándose en la confesión; porque dice que él se levantó y vino a su padre, y le dijo: "Padre, he pecado contra el cielo y contra ti, y ya no soy digno de ser llamado tu hijo".

En conexión con esto, podemos ver que la confesión es el único requisito que se demanda razonablemente de un creyente en pecado; porque la base de cualquier compañerismo verdadero es una armonización de pensamiento y propósito. De ahí que cualquier pecado interrumpa compañerismo (aunque no su salvación) con un Dios santo. Cuando esto ocurre, sólo una franca admisión de culpabilidad y fracaso por parte del que ha pecado restablecerá la relación con su Señor. El no confesar significa afirmar que lo bueno es malo, y lo malo es bueno, lo cual sería una contradicción de la misma naturaleza y del carácter de Dios.

La confesión abre de nuevo la vía del compañerismo con Dios y el libre acceso a su presencia, pero en ninguna manera hace expiación por el pecado. La propiciación por el pecado fue perfectamente realizada en la cruz. Desde su ascensión, Cristo ha estado continuamente presentando la defensa de la eficacia del sacrificio de su muerte en beneficio de los suyos (Ro 8:33-34; He 7:25). Por lo tanto, para el cristiano está escrito: "Si confesamos nuestros pecados, él es fiel y justo para perdonar nuestros pecados, y limpiarnos de toda maldad". El pecado no es perdonado por un acto inmediato de misericordia, sino que es perdonado en base al sacrificio hecho "una vez para siempre" en la cruz. Entonces se dice que Dios es *fiel* y *justo* para perdonar nuestros pecados en lugar de decir que es *benévolo* y *misericordioso* para perdonar nuestros pecados.

La importancia de la confesión de pecado y del juicio propio es mencionada también en 1 Corintios 11:31-32. "Si, pues, nos examinásemos a nosotros mismos, no seríamos juzgados; mas siendo juzgados, somos castigados por el Señor, para que no seamos condenados con el mundo". Al considerar este importante pasaje, debe notarse lo siguiente:

I. Esta escritura, como la que se relaciona a la confesión de pecado, es dirigida solamente a los creyentes.

II. El creyente tiene primeramente la oportunidad de juzgarse a sí mismo delante de Dios, y si él fracasase en el juicio voluntario, Dios le juzgará por medio del castigo.

III. Y el castigo de Dios es dado para que él no sea condenado con el mundo. Con relación a esto debe recordarse que Dios tiene un pacto con sus hijos con la finalidad de que ellos "no vendrán a condenación". "De cierto, de cierto os digo: El que oye mi palabra, y cree al que me envió, tiene vida eterna; y no vendrá a condenación, mas ha pasado de muerte a vida" (Jn 5:24). Y también, "Ahora, pues, ninguna condenación hay para los que están en Cristo Jesús" (Ro 8:1).

La completa relación entre el creyente y Dios es una relación eterna como hijo, la cual no puede ser quebrantada; de ahí que todos sus juicios sobre los suyos sean para corrección, mientras que sus juicios sobre los inconversos son para condenación. "El que en él cree, no es condenado; pero el que no cree, ya ha sido condenado, porque no ha creído en el nombre del unigénito Hijo de Dios" (Jn 3:18).

La misma relación familiar de un padre hacia su hijo es manifestada a través del Antiguo y del Nuevo Testamento. "Yo le seré a él padre, y él me será a mí hijo. Y si él hiciere mal, yo le castigaré con vara de hombres, y con azotes de hijos de hombres; pero mi misericordia no se apartará de él como la aparté de Saúl, al cual quité de delante de ti" (2S 7:14-15). "Y Natán dijo a David: También Jehová ha remitido tu pecado; no morirás. Mas por cuanto con este asunto hiciste blasfemar a los enemigos de Jehová, el hijo que te ha nacido ciertamente morirá" (2S 12:13-14). "El tal sea entregado a Satanás para destrucción de la carne, a fin de que el espíritu sea salvo en el día del Señor Jesús" (1Co 5:5). "Considerad a aquel que sufrió tal contradicción de pecadores contra sí mismo, para que vuestro ánimo no se canse hasta desmayar. Porque aún no habéis resistido hasta la sangre, combatiendo contra el pecado; y habéis ya olvidado la exhortación que como a hijos se os dirige, diciendo: Hijo mío, no menosprecies la disciplina del Señor, ni desmayes cuando eres reprendido por él; porque el Señor al que ama, disciplina, y azota a todo el que recibe por hijo. Si soportáis la disciplina, Dios os trata como a hijos; porque ¿qué hijo es aquel a quien el padre no disciplina? Pero si se os deja sin disciplina, de la cual todos han sido participantes, entonces sois bastardos, y no hijos. Por otra parte, tuvimos a nuestros padres terrenales que nos disciplinaban, y los venerábamos. ¿Por qué no obedeceremos mucho mejor al Padre de los espíritus, y viviremos? Y aquellos, ciertamente por pocos días nos disciplinaban como a ellos les parecía, pero éste para lo que nos es provechoso, para que participemos de su santidad. En verdad que ninguna disciplina al presente parece ser causa de gozo, sino de tristeza; pero después da fruto apacible de justicia a los que en ella han sido ejercitados. Por lo cual, levantad las manos caídas y las rodillas paralizadas; y haced sendas derechas para vuestros pies, para que lo cojo no se salga del camino, sino que sea sanado. Seguid la paz con todos, y la santidad, sin la cual nadie verá al Señor. Mirad bien, no sea que alguno deje de alcanzar la gracia de Dios; que brotando alguna raíz de amargura, os estorbe, y por ella muchos sean contaminados" (He 12:3-15). "Todo pámpano que en mí no lleva fruto, lo quitará; y todo aquel que lleva fruto, lo limpiará para que lleve más fruto" (Jn 15:2).

A través de estas extensas citas bíblicas se verá que el cristiano tiene el privilegio de "andar en la luz, como él está en luz", lo cual no significa necesariamente una vida sin pecado; pero sí significa la humilde confesión de todos los frutos de la naturaleza pecaminosa, y una actitud de obediencia para cumplir toda demanda de Dios para quitar el pecado. Si la confesión de pecado y el juicio propio no es hecho de voluntad, tiene que haber un castigo de parte de Dios, para que el creyente no sea condenado con el mundo. La ejecución de ese castigo, al parecer, es algunas veces dada a Satanás (1Co 5:5; 1Ti 1:20). Si no hay fruto después del castigo,

entonces Dios quita el pámpano (Jn 15:2). Esto no es una pérdida de la salvación, sino que es una completa separación de la vida terrenal y del servicio.

Hay dos preguntas prácticas que surgen en conexión con la confesión de pecado por parte del creyente. Primeramente, ¿Cómo podemos saber lo que hemos de confesar? y en segundo lugar, ¿con quién debemos confesarnos?

En respuesta a la primera pregunta veamos, por lo menos, tres maneras por las que un cristiano puede conocer su desigualdad a la mente y el carácter de Dios. Estas son:

I. La Palabra de Dios, cuyas enseñanzas probablemente uno ha abandonado o transgredido. "Toda la Escritura es inspirada por Dios, y útil para enseñar, para redargüir, para corregir, para instruir en justicia, a fin de que el hombre de Dios sea perfecto, enteramente preparado para toda buena obra" (2Ti 3:16-17).

II. La fiel amonestación de los miembros del cuerpo de Cristo. "Por tanto, si tu hermano peca contra ti, ve y repréndele estando tú y él solos; si te oyere, has ganado a tu hermano. Mas si no te oyere toma aún contigo a uno o dos, para que en boca de dos o tres testigos conste toda palabra. Si no los oyere a ellos, dilo a la iglesia; y si no oyere a la iglesia tenle por gentil y publicano" (Mt 18:15-17). "Mirad por vosotros mismos. Si tu hermano pecare contra ti, repréndele; y si se arrepintiere, perdónale. Y si siete veces al día pecare contra ti, y siete veces al día volviere a ti, diciendo: Me arrepiento; perdónale" (Lc 17:3-4). "Hermanos, si alguno fuere sorprendido en alguna falta, vosotros que sois espirituales, restauradle con espíritu de mansedumbre, considerándote a ti mismo, no sea que tú también seas tentado" (Gá 6:1).

III. El Espíritu contristado quien habita en el creyente. El contristar al Espíritu Santo es para el cristiano una certeza interna de lo malo, a la cual él debe cuidadosamente y en oración prestarle atención. "Y no contristéis al Espíritu Santo de Dios, con el cual fuisteis sellados para el día de la redención" (Ef 4:30).

El hijo de Dios aprenderá a distinguir entre la siempre presente desigualdad con Cristo y los pecados groseros mencionados en la Biblia. "Y manifiestas son las obras de la carne, que son: adulterio, fornicación, inmundicia, lascivia, idolatría, hechicerías, enemistades, pleitos, celos, iras, contiendas, disensiones, herejías, envidias, homicidios, borracheras, orgías, y cosas semejantes a estas . . ." (Gá 5:19-21). Note como en este pasaje los pecados de odios, ira, envidia, pleitos, celos y contiendas son mencionados en la misma lista que el adulterio, homicidio y la borrachera.

Si un cristiano realmente desea mejorar su relación con Dios a cualquier precio, bien pudiera decir la oración descrita en el Salmo 139:23-24: "Examíname, oh Dios, y conoce mi corazón; pruébame y conoce mis pensamientos; y ve si hay en mí camino de perversidad, y guíame en el camino eterno". Tenemos la plena seguridad de que toda cosa pecaminosa nos será manifiesta si así pedimos. "Así que, todos los que somos perfectos, [maduros] esto mismo sintamos; y si otra cosa sentís, esto también os lo revelará Dios" (Fil 3:15).

Como respuesta a esa oración pidiendo luz sobre los pecados ocultos, puede ser que estos sean revelados uno a uno, y otras revelaciones pueden depender tanto de un trato honesto con la

revelación que ha sido dada como también de una repetición de la misma petición. No hay otra forma para enfrentarse a una vida obstruida por el pecado.

La voz del enemigo también debe ser detectada. Satanás está siempre presente para disuadir al creyente a dar los pasos necesarios que le guiarán de regreso a la comunión con Dios, y hacia el poder y las bendiciones del servicio. Su método es tratar de presentar como insignificante el pecado, justificarlo, apelar al orgullo personal, o sugerir que la confesión obstaculizaría su influencia por su Señor.

La respuesta a la segunda pregunta: "¿Con quién debe el cristiano confesarse?" es más simple:

I. La confesión de pecado debe ser siempre a Dios; porque a él se le ofende primeramente más que cualquier mortal. Los ejemplos bíblicos de confesión son claros en este aspecto. "Contra ti, contra ti solo he pecado, y he hecho lo malo delante de tus ojos" (Sal 51:4). "Me levantaré e iré a mi padre, y le diré: Padre, he pecado contra el cielo y contra ti. Ya no soy digno de ser llamado tu hijo; hazme como a uno de tus jornaleros" (Lc 15:18-19).

II. Debe hacerse confesión a la(s) persona(s) que han sido dañadas por el pecado. Cabe señalar que la confesión en ninguna manera envuelve la actitud mala de otros, ni tampoco demanda que la responsabilidad por el pecado sea asumida por una persona quien no es culpable. Si ha habido enemistad entre un cristiano y otra persona, el cristiano debe considerar y confesar solamente su propia actitud o sus actos pecaminosos. Tal vez esto no resuelva el mal entendimiento entre ellos, pero abrirá el camino para la limpieza del que expresa sus faltas.

Repetimos, la confesión de pecados debe estar limitada a aquellos que han sido ofendidos, ya sea que éstos pecados hayan sido cometidos contra la comunidad, la iglesia o un individuo.

III. La confesión debe ser hecha a personas que hayan sabido del pecado, porque en cierta forma, también han sido afectados. "Y haced sendas derechas para vuestros pies, para que lo cojo no se salga del camino, sino que sea sanado. Seguid la paz con todos, y la santidad, sin la cual nadie verá al Señor. Mirad bien, no sea que alguno deje de alcanzar la gracia de Dios; que brotando alguna raíz de amargura, os estorbe, y por ella muchos sean contaminados" (He 12:13-15). "Así que, ya no juzguemos más los unos a los otros, sino más bien decidid no poner tropiezo u ocasión de caer al hermano" (Ro 14:13; también, Lc 17:1-2; 1Co 8:7-13).

En el Salmo 51 encontramos el testimonio del arrepentimiento de David y su regreso a la comunión con Dios después de su pecado. Este es una declaración exacta de los pasos necesarios que el hijo de Dios debe tomar para regresar a su lugar de gozo y poder en el servicio. El Salmo comienza con una completa confesión de pecado; pide la limpieza prometida; y concluye con la restauración al gozo, servicio y al completo compañerismo con su Señor.

Por consiguiente, si no existe fruto para la gloria de Dios, ni comunión, ni gozo en la vida del creyente, es evidente que hay necesidad de un ajuste a la mente y la voluntad de Dios. Tal ajuste es la experiencia común de quienes conocen lo que significa andar con el Señor; porque no hay otra manera de mantener esa invaluable comunión y bendiciones. El secreto de permanecer

en ese andar es la confesión inmediata de todo pecado conocido, en lugar de dilatar u olvidar el cumplimiento de esa responsabilidad.

Quisiera repetir que aunque el creyente no logre obtener un estado de perfección, él puede y debe mantener una actitud de espontánea e instantánea confesión de toda falta, si ha de andar en compañerismo con su Señor y ejercer su ministerio sacerdotal.

Cuando el corazón es escudriñado delante de Dios, y todo pecado es confesado, el creyente "andaré en luz como él está en luz". Esta experiencia debería ser la normal, si no la usual. En esta relación disfrutaremos de la comunión con el Padre y con su Hijo Jesucristo, un desbordamiento de paz y gozo, y un fluir constante de su amor a través de la vida.

Podemos decir que de este ininterrumpido fluir de amor que Dios ha derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos es dado, la experiencia normal de todos debería ser el poseer una percepción de la condición de los inconversos, la cual producirá cualquier sacrificio que sea necesario o esfuerzo para ganarlos. Las personas por quienes el cristiano pueda sentir pesar serán indicadas y controladas por los movimientos soberanos del Espíritu de Dios; mientras que la confesión que lleva un sentido de pesar es el punto de responsabilidad personal.

Recordemos que si el creyente-sacerdote está limpio y en comunión con Dios, el amor de Dios creará en él un deseo divino por la salvación de los perdidos y esto será producido por el Espíritu. Entonces él será impulsado a la intercesión a través de sus sufrimientos con Cristo en favor de ellos. Como Pablo, dirá: "El anhelo de mi corazón, y mi oración a Dios por Israel, es para salvación", y esa oración será una intercesión por medio del Espíritu; "pues qué hemos de pedir como conviene, no lo sabemos, pero el Espíritu mismo intercede por nosotros con gemidos indecibles". Y ya que ésta es inducida por el Espíritu, quien conoce la mente de Dios, esa oración será contestada por la manifestación de él mismo en poder, empuñando su espada poderosa para convencer de pecado, de justicia, y de juicio. Y donde esta obra es recibida y ejecutada al depositar toda la esperanza y confianza en el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo, habrá, por el mismo Espíritu, una transformación maravillosa. El inconverso creará y será trasladado del poder y las tinieblas de Satanás a la luz, la libertad y las bendiciones de los hijos de Dios.

Por lo tanto, cuando el creyente está limpio y en una relación normal con Dios, el Espíritu Santo está libre para tomar todos los pasos necesarios en el "poder de Dios para salvación", y el creyente será guiado a una perfecta cooperación con Cristo en su gran obra inconclusa de buscar a los perdidos. Ese trabajo es completamente realizado por el Espíritu; porque es él quien inspira la oración que es el único alivio para el que está sufriendo con Cristo a través de la preocupación por los perdidos, carga que es divinamente dada. El Espíritu convence de pecado, de justicia, y de juicio en respuesta a la oración que él inspira; y es él quien llena el alma dispuesta con el poder de Dios en la salvación.

Así que, el evangelismo verdadero comienza con un sacerdote limpio, y aunque este instrumento humano puede cooperar bastante en la obra subsiguiente de buscar a los perdidos, recordemos que, "no es con ejército, ni con fuerza, sino con mi Espíritu, ha dicho Jehová de los ejércitos".

Una petición:

El propósito de este libro ha sido cumplido si usted, lector, ha obtenido una nueva visión de un ministerio más amplio para su vida cristiana, en el privilegio superlativo dado por Dios de ganar almas. Quiera el poder del Espíritu reposar sobre usted, a través de su entrega a él, que toda nueva impresión o entendimiento de la verdad divina pueda patentizarse en fruto que permanezca para la gloria de nuestro gran Dios y Salvador Jesucristo.